

Traducción de  
FLORENTINO M. TORNER

C. WRIGHT MILLS

LA  
IMAGINACION  
SOCIOLOGICA

Prólogo de GINO GERMANI



FONDO DE CULTURA ECONOMICA  
MÉXICO

Traducción de  
FIORENTINO M. TORNER

C. WRIGHT MILLS

LA  
IMAGINACION  
SOCIOLOGICA

PRÓLOGO DE GINO GERMANI



FONDO DE CULTURA ECONOMICA  
MÉXICO

## I. LA PROMESA

Hoy en día los hombres advierten con frecuencia que sus vidas privadas son una serie de ahogazas. Se dan cuenta de que en sus mundos cotidianos no pueden vencer sus dificultades, y en eso muchas veces tienen toda la razón: lo que los hombres corrientes saben directamente y lo que tratan de hacer está limitado por las órbitas privadas en que viven: sus visiones y sus facultades se limitan al habitual escenario del trabajo, de la familia, de la vecindad; en otros medios, se mueven por sustitución y son espectadores. Y cuanto más cuenta se dan, aunque sea vagamente, de las ambiciones y de las amenazas que trascienden de su ambiente inmediato, más atraídos parecen sentirse.

Por debajo de esa sensación de estar atrapados se encuentran cambios aparentemente impersonales de la estructura misma de sociedades de dimensiones continentales. Los hechos de la historia contemporánea son también hechos relativos al triunfo y al fracaso de hombres y mujeres individuales. Cuando una sociedad se industrializa, el campesino se convierte en un trabajador, y el señor feudal es liquidado o se convierte en un hombre de negocios. Cuando las clases suben o bajan, un hombre tiene trabajo o no lo tiene, cuando la proporción de las inversiones aumenta o disminuye, un hombre toma nuevos alientos o se arruina. Cuando sobrevienen guerras, un agente de seguros se convierte en un lanzador de cohetes, un oficinista en un experto en radar, las mujeres viven solas y los niños crecen sin padre. Ni la vida de un individuo ni la historia de una sociedad pueden entenderse sin entender ambas cosas.

Pero los hombres, habitualmente, no definen las inquietudes que sufren en relación con los cambios históricos y las contradicciones institucionales. Por lo común, no imputan el bienestar de que gozan a los grandes vaivenes de la sociedad en que viven. Rara vez conscientes de la intrincada conexión entre el tipo de sus propias vidas y el curso de la historia del mundo, los hombres corrientes suelen ignorar lo que esa conexión significa para el tipo de hombres en que se van convirtiendo y para la clase de actividad histórica en que pueden tener parte. No poseen la cualidad mental esencial para percibir la interrelación del hombre y la sociedad, de la biografía y de la historia, del yo y del mundo. No pueden hacer frente a sus problemas personales en formas que les permitan controlar las transformaciones estructurales que suelen estar detrás de ellas.

No es de extrañar, desde luego. ¿En qué época se han visto tantos hombres expuestos a paso tan rápido a las sacudidas de tantos cambios? Que los norteamericanos no hayan conocido cambios tan catastróficos como los hombres y las mujeres de otras sociedades, se debe a hechos históricos que ahora se van convirtiendo velozmente en "meta historia". La historia que ahora afecta a todos los hombres es la historia del mundo. En este escenario y en esta época, en el curso de una sola generación, la sexta parte de la humanidad de feudal y atrasada ha pasado a ser moderna, avanzada y temible. Las colonias políticas se han liberado, y han surgido nuevas y menos visibles formas de imperialismo. Hay revoluciones, y los hombres sienten la opresión interna de nuevas tipos de autoridad. Nacen sociedades totalitarias y son reducidas a pedazos... o triunfan fabulosamente. Después de dos siglos de dominio, el capitalismo se le señala sólo como uno de los medios de convertir la sociedad en un aparato industrial. Después de dos siglos de esperanza, aun la democracia formal está limitada a una porción muy pequeña de la humanidad. Por todas partes, en el mundo subdesarrollado, se abandonan antiguos estilos de vida y vagas expectativas se convierten en demandas urgentes. Por todas partes, en el mundo superdesarrollado, los medios de ejercer la autoridad y la violencia se hacen totales en su alcance, y burocráticos en su forma. Yace ahora ante nosotros la humanidad misma, mientras las superaciones que constituyen sus polos concentran sus esfuerzos más coordinados e ingentes en preparar la tercera guerra mundial.

La plasmación misma de la historia rebasa actualmente la habilidad de los hombres para orientarse de acuerdo con valores pre-fendos. ¿Y qué valores? Aun cuando no se sientan consternados, los hombres advierten con frecuencia que los viejos modos de sentir y de pensar se han ido abajo y que los comienzos más recientes son ambiguos hasta el punto de producir paradisis moral. ¿Es de extrañar que los hombres corrientes sientan que no pueden hacer frente a los mundos más dilatados ante los cuales se encuentran de un modo tan súbito? ¿Que no puedan comprender el sentido de su época en relación con sus propias vidas? ¿Que, en defensa de su yo, se insensibilicen moralmente, esforzándose por seguir siendo hombres totalmente privados o particulares? ¿Es de extrañar que estén poseídos por la sensación de haber sido atrapados?

No es sólo información lo que ellos necesitan. En esta Edad del Dato la información domina con frecuencia su atención y rebasa su capacidad para asimilarla. No son sólo destrezas intelectuales lo que necesitan, aunque muchas veces la lucha para conseguir las agota su limitada energía moral.

Lo que necesitan, y lo que ellos sienten que necesitan, es una cuantidad mental que les ayude a usar la información y a desarrollar la razón para conseguir recapitulaciones lúcidas de lo que ocurre en el mundo y de lo que quizás está ocurriendo dentro de ellos. Y lo que yo me dispongo a sostener es que lo que los periodistas y los sabios, los artistas y el público, los científicos y los editores esperan de lo que puede llamarse imaginación sociológica, es precisamente esa cualidad.

## 1

La imaginación sociológica permite a su poseedor comprender el escenario histórico mas amplio en cuanto a su significado para la vida interior y para la trayectoria exterior de diversidad de individuos. Ella le permite tener en cuenta cómo los individuos, en el tumulto de su experiencia cotidiana, son con frecuencia falsamente conscientes de sus posiciones sociales. En aquel tumulto se busca la trama de la sociedad moderna, y dentro de esa trama se formulan las psicologías de una diversidad de hombres y mujeres. Por tales medios, el malestar personal de los individuos se entoca sobre inquietudes explícitas y la indiferencia de los públicos se convierte en interés por las cuestiones públicas.

El primer fruto de esa imaginación —y la primera lección de la ciencia social que la encarna— es la idea de que el individuo sólo puede comprender su propia experiencia y evaluar su propio destino localizándose a sí mismo en su época; de que puede conocer sus propias posibilidades en la vida si conoce las de todos los individuos que se hallan en sus circunstancias. Es, en muchos aspectos, una lección terrible, y en otros muchos una lección magnífica. No conocemos los límites de la capacidad humana para el esfuerzo supremo o para la degradación voluntaria, para la angustia o para la alegría, para la brutalidad placentera o para la dulzura de la razón. Pero en nuestro tiempo hemos llegado a saber que los límites de la "naturalza humana" son espantosamente dilatados. Hemos llegado a saber que todo individuo vive, de una generación a otra, en una sociedad, que vive una biografía, y que la vive dentro de una sucesión histórica. Por el hecho de vivir contribuye, aunque sea en pequeñaísima medida, a dar forma a esa sociedad y al curso de su historia, aun cuando él está formado por la sociedad y por su impulso histórico.

La imaginación sociológica nos permite captar la historia y la

biografía y la relación entre ambas dentro de la sociedad. Esa es su tarea y su promesa. Reconocer esa tarea y esa promesa es la señal del analista social clásico. Es la característica de Herbert Spencer, ampolloso, verboso, comprensivo; de A. E. Ross, gracioso, revelador, probo; de Auguste Comte y Emile Durkheim; del intrincado y sutil Karl Mannheim. Es la cualidad de todo lo que es intelectualmente excelente en Carlos Marx; es la clave de la brillante e irónica penetración de Thorstein Veblen, de las polifacéticas interpretaciones de la realidad de Joseph Schumpeter; es la base del alcance psicológico de W. F. H. Lecky, no menos que de la profundidad y la claridad de Max Weber. Y es la señal de todo lo mejor de los estudios contemporáneos sobre el hombre y la sociedad.

Ningún estudio social que no vuelva a los problemas de la biografía, de la historia y de sus intersecciones dentro de la sociedad, ha terminado su jornada intelectual. Cualquiera que sean los problemas del analista social clásico, por limitados o por amplios que sean los rasgos de la realidad social que ha examinado, los que imaginativamente han tenido consciencia de lo que promecía su obra han formulado siempre tres tipos de preguntas:

1) Cuál es la estructura de esta sociedad particular en su conjunto? ¿Cuáles son sus componentes esenciales, y cómo se relacionan entre sí? ¿En qué se diferencia de otras variedades de organización social? ¿Cuál es, dentro de ella, el significado de todo rasgo particular para su continuidad o para su cambio?

2) ¿Qué lugar ocupa esta sociedad en la historia humana? ¿Cuál es el mecanismo por el que está cambiando? ¿Cuál es su lugar en el desenvolvimiento de conjunto de la humanidad y qué significa para él? ¿Cómo afecta todo rasgo particular que estamos examinando al período histórico en que tiene lugar, y cómo es afectado por él? ¿Y cuáles son las características esenciales de ese período? ¿En qué difiere de otros períodos? ¿Cuáles son sus modos característicos de hacer historia?

3) ¿Qué variedades de hombres y de mujeres prevalecen ahora en esta sociedad y en este período? ¿Y qué variedades están empujando a prevalecer? ¿De qué manera son seleccionados y formados, liberados y reprimidos, sensibilizados y embotados? ¿Qué clases de "naturaliza humana" se revelan en la conducta y el carácter que observamos en esta sociedad y en este período? ¿Y cuál es el significado para la "naturaliza humana" de todos y cada uno de los rasgos de la sociedad que examinamos?

Ya sea el punto de interés un Estado de gran poderío, o un talento literario de poca importancia, una familia, una prisión o

un credo, éstos son los tipos de preguntas que han formulado los mejores analistas sociales. Ellas constituyen los pivotes intelectuales de los estudios clásicos sobre el hombre y la sociedad, y son las preguntas que inevitablemente formula toda mente que posea imaginación sociológica. Porque esa imaginación es la capacidad de pasar de una perspectiva a otra: de la política a la psicología, del examen de una sola familia a la estimación comparativa de los presupuestos nacionales del mundo, de la escuela teológica al establecimiento militar, del estudio de la industria del petróleo al de la poesía contemporánea. Es la capacidad de pasar de las transformaciones más impersonales y remotas a las características más íntimas del yo humano, y de ver las relaciones entre ambas cosas. Detrás de su uso está siempre la necesidad de saber el significado social e histórico del individuo en la sociedad y el período en que tiene su cualidad y su ser.

En suma, a esto se debe que los hombres esperen ahora captar, por medio de la imaginación sociológica, lo que está ocurriendo en el mundo y comprender lo que está pasando en ellos mismos como puntos diminutos de las intersecciones de la biografía y de la historia dentro de la sociedad. En gran parte, la conciencia que de sí mismo tiene el hombre contemporáneo como de un extraño por lo menos, si no como de un extranjero permanente, descansa sobre la comprensión absorta de la relatividad social y del poder transformador de la historia. La imaginación sociológica es la forma más fértil de esa conciencia de sí mismo. Por su uso, hombres cuyas mentalidades sólo han recorrido una serie de órbitas limitadas, con frecuencia llegan a tener la sensación de despertar en una casa con la cual sólo habían supuesto estar familiarizados. Corrección o incorrectamente, llegan a creer con frecuencia que ahora pueden proporcionarse a sí mismos recapitulaciones adecuadas, estimaciones coherentes, orientaciones amplias. Antiguas decisiones, que en otro tiempo parecían sólidas, les parecen ahora producidos de mentalidades inexplicablemente oscuras. Vuelve a adquirir agudeza su capacidad de asombrarse. Adquieren un modo nuevo de pensar, experimentan un trasnueque de valores; en una palabra, por su reflexión y su sensibilidad comprenden el sentido cultural de las ciencias sociales.

## 2

La distinción más fructuosa con que opera la imaginación sociológica es quizás la que hace entre "las inquietudes personales del medio" y "los problemas públicos de la estructura social". Esta

distinción es un instrumento esencial de la imaginación sociológica y una característica de toda obra clásica en ciencia social.

Se presentan inquietudes en el carácter de un individuo y en el ámbito de sus relaciones inmediatas con otros; tienen relación con su yo y con las áreas limitadas de vida social que conoce directa y personalmente. En consecuencia, el enunciado y la resolución de esas inquietudes corresponde propiamente al individuo como entidad biográfica y dentro del ámbito de su ambiente inmediato: el ámbito social directamente abierto a su experiencia personal y, en cierto grado, a su actividad deliberada. Una inquietud es un asunto privado: los valores amados por un individuo le parecen a éste que están amenazados.

Los problemas se relacionan con materias que trascienden del ambiente local del individuo y del ámbito de su vida interior. Tienen que ver con la organización de muchos ambientes dentro de las instituciones de una sociedad histórica en su conjunto, con las maneras en que diferentes medios se imbrican e interpretan para formar la estructura más amplia de la vida social e histórica. Un problema es un asunto público: se advierte que está amenazado un valor amado por la gente. Este debate carece con frecuencia de enfoque, porque está en la naturaleza misma de un problema, a diferencia de lo que ocurre con la inquietud aun más generalizada, el que no se le pueda definir bien de acuerdo con los ambientes inmediatos y cotidianos de los hombres corrientes. En realidad, un problema implica muchas veces una crisis en los dispositivos institucionales, y con frecuencia implica también lo que los marxistas llaman "contradicciones" o "antagonismos".

Consideremos a esa luz el desempleo. Cuando en una ciudad de 100 000 habitantes sólo carece de trabajo un hombre, eso constituye su inquietud personal, y para aliviarla atendemos propiamente al carácter de aquel hombre, a sus capacidades y a sus oportunidades inmediatas. Pero cuando en una nación de 50 millones de trabajadores 15 millones carecen de trabajo, eso constituye un problema, y no podemos esperar encontrarle solución dentro del margen de oportunidades abiertas a un solo individuo. Se ha venido abajo la estructura misma de oportunidades. Tanto el enunciado correcto del problema como el margen de soluciones posibles nos obliga a considerar las instituciones económicas y políticas de la sociedad, y no meramente la situación y el carácter personales de individuos sueltos.

Veamos la guerra. El problema personal de la guerra, cuando se presenta, puede estar en cómo sobrevivir o cómo morir con ho-

mor, cómo entriquecerse con ella, cómo trepar a lo más alto del aparato militar de seguridad, o cómo contribuir a ponerle término. En suma, encontrar, de acuerdo con los valores que uno reconoce, una serie de ambientes, y dentro de ella sobrevivir a la guerra o hacer significativa la muerte de uno en ella. Pero los problemas estructurales de la guerra se refieren a sus causas, a los tipos de hombres que lleva al mando, a sus efectos sobre la economía y la política, sobre la familia y las instituciones religiosas, a la irrepensabilidad desorganizada de un mundo de Estados-naciones.

Veamos el matrimonio. En el matrimonio el hombre y la mujer pueden experimentar inquietudes personales, pero cuando la proporción de divorcios durante los cuatro primeros años de matrimonio es de 250 por cada 1 000, esto es prueba de un problema estructural que tiene que ver con las instituciones del matrimonio y de la familia y con otras relacionadas con ellas.

O veamos las metrópolis: el horrible, hermoso, repugnante y magnífico desparpamiento de la gran ciudad. Para muchas personas de las clases altas, la solución personal del "problema de la ciudad" es tener un departamento con garage privado en el corazón de la ciudad, y a cuarenta millas de ella una casa proyectada por Henry Hill con un jardín diseñado por Garrett Eckbo, en un terreno de cuarenta hectáreas de propiedad personal. En esos dos ambientes controlados —con un pequeño cuerpo de servicio en cada extremo y una comunicación por helicóptero entre ellos—, la mayor parte de las personas resolvería muchos de los problemas de ambiente personal causados por los hechos de la ciudad. Pero todo eso, aunque espléndido, no resuelve los problemas públicos que el hecho estructural de la ciudad plantea. ¿Qué habría que hacer con ese maravilloso monstruo? ¿Fragmentarlo en unidades discriminadas que renuncen la residencia y el lugar de trabajo? ¿Dejarla como es, con algunos retoques? ¿O evacuarla y volarla con dinamita, y construir ciudades nuevas de acuerdo con planos y lugares nuevos? ¿Cómo serían esos planos? ¿Y quién va a decidir y a realizar lo que se elija? Ésos son problemas estructurales; hacerles frente y resolverlos nos obliga a examinar los problemas políticos y económicos que afectan a innumerables medios.

Mientras una economía esté organizada de manera que haya crisis, el problema del desempleo no admite una solución personal. Mientras la guerra sea inherente al sistema de Estados-naciones y a la desigual industrialización del mundo, el individuo corriente en su medio restringido será impotente —con ayuda psiquiátrica o sin ella— para resolver las inquietudes que este sistema o falta de sistema le impone. Mientras que la familia como institución

convierta a las mujeres en esclavas queridas y a los hombres en sus jefes proveedores y sus dependientes aún no detectados, el problema de un matrimonio satisfactorio no puede tener una solución puramente privada. Mientras la megalópolis superdesarrollada y el automóvil superdesarrollado sean rasgos constitutivos de la sociedad superdesarrollada, los problemas de la vida urbana no podrán resolverse ni el ingenio personal ni la riqueza privada.

Lo que experimentamos en medios diversos y específicos es, como hemos observado, efecto de cambios estructurales. En consecuencia, para comprender los cambios de muchos medios personales, nos vemos obligados a mirar más allá de ellos. Y el número y variedad de tales cambios estructurales aumentan a medida que las instituciones dentro de las cuales vivimos se extienden y se relacionan más intrincadamente entre sí. Darse cuenta de la idea de estructura social y usarla con sensatez es ser capaz de descubrir esos vínculos entre una gran diversidad de medios; y ser capaz de eso es poseer imaginación sociológica.

## 3

¿Cuáles son en nuestro tiempo los mayores problemas para los públicos y las inquietudes clave de los individuos particulares? Para formular problemas e inquietudes, debemos preguntarnos ¿qué valores son pretendidos, pero amenazados, y cuáles preferidos y apoyados por las tendencias características de nuestro tiempo. Tanto en el caso de amenaza como en el de apoyo, debemos preguntarnos qué contradicciones notorias de la estructura pueden estar implicadas.

- 1 Cuando la gente estima una tabla de valores y no advierte ninguna amenaza contra ellos, experimenta *bienestar*. Cuando estima unos valores y advierte que están amenazados, experimenta *una crisis*, ya como inquietud personal, ya como problema público. Y si ello afecta a todos sus valores, experimenta la amenaza total *del pánico*.

Pero suponemos que la gente no sienta estimación por ningún valor ni perciba ninguna amenaza. Esta es la experiencia de la *indiferencia*, la cual, si parece afectar a todos los valores, se convierte en apatía. Suponemos, en fin, que no sienta estimación por ningún valor, pero que, no obstante, perciba agudamente una amenaza. Esta es la experiencia del *malestar*, de la ansiedad, la cual, si es suficientemente total, se convierte en una indisposición mortal no específica.

El nuestro es un tiempo de *malestar e indiferencia*, pero aún no formulados de manera que permitan el trabajo de la razón y el juego de la sensibilidad. En lugar de inquietudes —definidas en relación con valores y amenazas—, hay con frecuencia la calamidad de un *malestar vago*; en vez de problemas explícitos, muchas veces hay *solo el desalentado sentimiento* de que nada marcha bien. No se ha dicho cuáles son los valores amenazados ni qué es lo que los amenaza; en suma, no han sido llevados a punto de decisión. Mucho menos han sido formulados como problemas de la ciencia social.

En los años treinta apenas se dudaba —salvo en ciertos círculos de *negocios alicinados*— que había un problema económico que era también un haz de inquietudes personales. En los argumentos acerca de “la crisis del capitalismo”, las formulaciones de Marx y las numerosas re-formulaciones de su obra probablemente asientan los principales términos del problema, y algunos individuos llegan a comprender sus inquietudes personales en relación con tales términos. Los valores amenazados eran fáciles de ver y estimados por todos; las contradicciones estructurales que los amenazaban también parecían fáciles. Ambas cosas eran *amplias y profundamente experimentadas*. Fue una edad política.

Pero los valores amenazados en la era posterior a la *segunda Guerra Mundial*, muchas veces no son ni ampliamente reconocidos como valores ni se advierte de un modo general que estén amenazados. Muchas inquietudes privadas no son formuladas; mucho *malestar público* y muchas decisiones de enorme importancia estructural no llegan nunca a ser problemas públicos. Para quienes aceptan valores hereditarios, como la razón y la libertad, es el *malestar mismo* lo que constituye la inquietud, es la *indiferencia misma* lo que constituye el problema. Y esta situación de *malestar e indiferencia* es lo que constituye el signo distintivo de nuestro tiempo.

Todo esto es tan sorprendente, que muchas veces es interpretado por los observadores como un cambio en la clase misma de los problemas que ahora reclaman ser formulados. Se nos dice con frecuencia que los problemas de nuestra década, o aun las crisis de nuestro tiempo, han salido del campo externo de la economía y se relacionan ahora con la calidad de la vida individual, en realidad con el problema de si tardará mucho en dejar de haber algo que pueda llamarse propiamente vida individual. No el trabajo de los niños, sino los libros de historietas; no la pobreza, sino el ocio en masa, son los centros de interés. Muchos grandes problemas públicos, lo mismo que muchas inquietudes privadas,

se definen como cuestiones "psiquiátricas", con frecuencia, según parece, en un intento patético de evitar los grandes problemas de la sociedad moderna. A veces esta afirmación parece descansar sobre un angosto interés provinciano que sólo tiene en cuenta las sociedades occidentales, o quizás sólo a los Estados Unidos, ignorando, de esa suerte, las dos terceras partes de la humanidad; muchas veces, también, divorcia arbitrariamente la vida individual de las grandes instituciones dentro de las cuales se desenvuelve esa vida y que con frecuencia pesan sobre ella más penosamente que los ambientes íntimos de la infancia.

Los problemas del ocio, por ejemplo, ni siquiera pueden formularse sin tener en cuenta los problemas del trabajo. Las inquietudes de la familia relativas a los libros de historietas no pueden formularse como problemas sin tener en cuenta la situación de la familia contemporánea en sus nuevas relaciones con las instituciones más recientes de la estructura social. Ni el ocio ni sus usos enervantes pueden entenderse como problemas sin reconocer la medida en que el malestar y la indiferencia forman actualmente el clima social y personal de la sociedad norteamericana contemporánea. En ese clima no pueden plantearse ni resolverse problemas de "la vida privada" sin tener en cuenta la crisis de ambición que forma parte de la carrera misma de muchos hombres que trabajan en una economía de grandes compañías o empresas.

Es verdad, como constantemente señalan los psicoanalistas, que con frecuencia las gentes tienen "la sensación creciente de ser movidas por fuerzas oscuras que actúan dentro de ellas mismas y que son incapaces de definir". Pero no es verdad, como dijo Ernest Jones, que "el principal enemigo y el principal peligro del hombre es su misma indócil naturaleza y las fuerzas ocultas reprimidas dentro de él". Por el contrario: "el principal peligro" para el hombre reside hoy en las fuerzas ingobernables de la sociedad contemporánea misma, con sus métodos impersonales de producción, sus técnicas envolventes de dominación política, su anarquía internacional, en una palabra, con sus penetrantes transformaciones de la "naturaleza" misma del hombre y las condiciones y finalidades de su vida.

La primera tarea política e intelectual — porque aquí coinciden ambas cosas — del científico social consiste hoy en poner en claro los elementos del malestar y la indiferencia contemporáneos. Esta es la demanda central que le hacen los otros trabajadores de la cultura: los científicos del mundo físico y los artistas, y en general toda la comunidad intelectual. Es a causa de esta tarea y de

esas demandas por lo que, creo yo, las ciencias sociales se están convirtiendo en el común denominador de nuestro período cultural, y la imaginación sociológica en la cualidad mental más necesaria.

## 4

En todas las épocas intelectuales tiende a convertirse en común denominador de la vida cultural determinado estilo de pensamiento. Es cierto que hoy en día muchas modas intelectuales se difunden ampliamente para ser abandonadas por otras nuevas en el curso de uno o dos años. Esos entusiasmos quizá sazonan el juego cultural, pero dejan poca huella intelectual, si es que dejan alguna. No puede decirse lo mismo de modos de pensar como la "física newtoniana" o la "biología darwiniana". Cada uno de estos universos intelectuales se convirtió en una influencia que llegó mucho más lejos que cualquier esfera especial de ideas y de fantasías. En relación con ellos, o en relación con cosas derivadas de ellos, sabios desconocidos y comentaristas de moda re-enfocan sus observaciones y re-formulan sus problemas.

En la época moderna, las ciencias físicas y biológicas han sido el principal común denominador del pensamiento serio y de la metafísica popular en las sociedades de Occidente. "La técnica de laboratorio" ha sido el modo consagrado de proceder y la fuente de la seguridad intelectual. Ese es uno de los significados de la idea de un común denominador intelectual: los hombres pueden formular sus convicciones más poderosas según sus términos. Otros términos y otros estilos de pensamiento parecen meros vehículos de escape y oscuridad.

El que prevalezca un común denominador no significa, naturalmente, que no existan otros estilos de pensamiento y otros tipos de sensibilidad. Lo que quiere decir es que los intereses intelectuales más generales tienden a entrar en su ámbito, para ser formulados en él más rigurosamente y pensar, una vez formulados así, que si no han tenido solución, por lo menos han sido llevados adelante de un modo provechoso.

Creo yo que la imaginación sociológica se está convirtiendo en el principal común denominador de nuestra vida cultural y en su rasgo distintivo. Esta cualidad mental se encuentra en las ciencias sociales y psicológicas, pero va mucho más allá de esas disciplinas tal como ahora las conocemos. Su adquisición por los individuos y por la comunidad cultural en general es lenta y en ocasiones torpe; muchos científicos sociales mismos la desconocen

por completo. Parecen ignorar que el uso de esta imaginación es central para mejorar el trabajo que pueden hacer, que por no desarrollarla y emplearla dejan de responder a las esperanzas culturales que se tienen en ellos y que las tradiciones clásicas de sus diversas disciplinas ponen a disposición de ellos.

Pero las cualidades de esta imaginación son regularmente exigidas en materias de hecho y de moral, en el trabajo literario y en el análisis político. Se han convertido en rasgos fundamentales de esfuerzo intelectual y de sensibilidad cultural en una gran diversidad de expresiones. Los buenos críticos son ejemplos de esas cualidades, lo mismo que los periodistas serios, y en realidad se juzga según ellas la obra de unos y otros. Las categorías populares de la crítica—muy intelectual, medianamente intelectual o sin pretensiones intelectuales, por ejemplo—ahora son tan sociológicas por lo menos como estéticas. Los novelistas—cuya obra se encarna las definiciones más difundidas de la realidad humana—poseen con frecuencia esta imaginación y se esfuerzan en satisfacer la demanda de ella. Por medio de ella, se busca orientar el presente como historia. A medida que las imágenes de la "naturaleza humana" se hacen más problemáticas, se sienten cada vez más la necesidad de prestar atención más estrecha, pero más imaginativa, a las prácticas y a las catástrofes sociales que revelan (y que moldean) la naturaleza del hombre en este tiempo de inquietud civil y de conflicto ideológico. Aunque algunas veces se manifiesta la moda de intentar usarla, la imaginación sociológica no es una mera moda. Es una cualidad mental que parece prometer de la manera más dramática la comprensión de nuestras propias realidades íntimas en relación con las más amplias realidades sociales. No es meramente una cualidad mental más entre el margen contemporáneo de sensibilidades culturales: es la cualidad cuyo uso más amplio y más hábil ofrece la promesa de que todas esas sensibilidades—y de hecho la razón humana misma—llegarán a representar un papel más importante en los asuntos humanos.

El significado cultural de la ciencia física—el mayor y más antiguo común denominador—se está haciendo dudoso. Como estilo intelectual, la ciencia física empieza a ser considerada por muchos como algo insuficiente. La suficiencia de los estilos científicos de pensamiento y sentimiento, de imaginación y sensibilidad, ha estado, naturalmente, desde sus orígenes sometida a la duda religiosa y a la controversia teológica, pero nuestros padres y abuelos científicos han reducido esas dudas religiosas. Las dudas

hoy corrientes son profanas, humanistas, y con frecuencia abso-lutamente confusas. Los progresos recientes de las ciencias físicas—con su climax tecnológico en la bomba H y los medios para transportarla—no han sido sentidos como solución a ninguno de los problemas ampliamente conocidos y profundamente ponderados por comunidades intelectuales y públicos culturales muy dilatados. Esos progresos han sido considerados, correctamente, como resultado de una investigación altamente especializada, e incorrectamente como misterios maravillosos. Han suscitado más problemas—tanto intelectuales como morales—que los que han resuelto, y los problemas que han planteado radican casi completamente en la esfera de los asuntos sociales, y no físicos. La conquista manifiesta de la naturaleza, la superación de la escasez, las sienten los hombres de las sociedades superdesarrolladas como cosas virtualmente acabada. Y ahora, en esas sociedades se cree que la ciencia—principal instrumento de esa conquista—vaga a su antojo, sin objetivo, y que necesita ser revalorada.

La estimación moderna por la ciencia en gran parte ha sido meramente supuesta, pero ahora el *ethos* tecnológico y una especie de imaginación ingenua asociada con la ciencia probablemente parecen más temibles y ambiguos que esparcadores y progresivos. Naturalmente, no es eso todo lo que hay en la "ciencia", pero se teme que llegue a serlo. La necesidad sentida de revalorar la ciencia física refleja la necesidad de un nuevo denominador común. Es el sentido humano y el papel social de la ciencia, sus consecuencias militares y comerciales, su significación política, lo que está experimentando una revaloración confusa. Los progresos científicos de las armas quizás lleven a la "necesidad" de reajustes políticos del mundo, pero esa "necesidad" no se cree que pueda satisfacerla la ciencia física por sí misma.

Mucho que ha pasado por "ciencia" se tiene ahora por filosofía dudosa: mucho que se considera como "verdadera ciencia" se cree con frecuencia que sólo proporciona fragmentos confusos de las realidades entre las cuales viven los hombres. Está muy difundido el sentimiento de que los hombres de ciencia ya no tratan de representar la realidad como un todo o de trazar un esbozo real del destino humano. Además, la "ciencia" les parece a muchos no tanto un *ethos* creador y una orientación, como un juego de máquinas científicas manejadas por técnicos y controladas por hombres economistas y militares que ni encarnan ni comprenden la ciencia como *ethos* y orientación. Entretanto, los filósofos que hablan en nombre de la ciencia con frecuencia la convierten en "cienticismo", sosteniendo que su experiencia es

idéntica a la experiencia humana y que únicamente con sus métodos pueden resolverse los problemas humanos. Con todo eso, muchos trabajadores culturales han llegado a pensar que la "ciencia" es un Mesías falso y pretencioso, o por lo menos un elemento marcadamente ambiguo de la civilización moderna.

Pero, según la frase de C. P. Snow, hay "dos culturas": la científica y la humanista. Ya como historia o como drama, ya como biografía, poesía o novela, la esencia de la cultura humana ha sido la literatura. Pero ahora se insinúa con frecuencia que la literatura sería se ha convertido en un arte secundario. Si es así, no es solamente por el crecimiento de los públicos de masas y de los medios de comunicación para las masas, y por todo lo que eso significa para la producción literaria sería. Se debe también a la cualidad misma de la historia de nuestro tiempo y a los tipos de necesidades que los hombres sensibles advierten que reclaman aquella cualidad.

¿Qué novela, qué periodismo, qué esfuerzo artístico puede competir con la realidad histórica y los hechos políticos de nuestro tiempo? ¿Qué visión dramática del infierno puede competir con los acontecimientos de la guerra en el siglo XX? ¿Qué acusaciones morales pueden afectar a la insensibilidad de hombres en la agoría de la acumulación primaria? Es la realidad social e histórica lo que los hombres necesitan conocer, y muchas veces no encuentran en la literatura contemporánea un medio adecuado para conocerla. Quieren hechos, buscan su significado, desean un "gran panorama" en el cual puedan crecer y dentro del cual puedan llegar a comprenderse a sí mismos. Quieren también valores orientadores y maneras apropiadas de sentir y estilos de emoción y vocabularios de motivación. Y no encuentran eso fácilmente en la literatura de hoy. No importa que esas cualidades *deban* encontrarse allí; lo que importa es que con frecuencia no las encuentran allí los hombres.

En el pasado, literatos en función de críticos y de historiadores escribieron notas sobre Inglaterra y sobre viajes a los Estados Unidos. Se esforzaron por caracterizar sociedades en su conjunto y de discernir su sentido moral. Si Tocqueville o Taine vivieran hoy, ¿no serían sociólogos? Formulándose esta pregunta acerca de Taine, un reseñador de *The Times* (Londres) dice:

Taine vio siempre al hombre primordialmente como un animal social y la sociedad como una colección de grupos: sabía observar minuciosamente, era un trabajador de campo infatigable y poseía una

cualidad... particularmente valiosa para percibir relaciones entre los fenómenos sociales: la cualidad de la firmeza. Estaba demasiado interesado en el presente para ser un buen historiador, era demasiado teórico para ser novelista, y veía demasiado la literatura como documento de la cultura de una época o de un país para ser un crítico de primera fila... Su obra sobre la literatura inglesa es menos un estudio de la literatura inglesa que un comentario sobre la moral de la sociedad inglesa y un vehículo de su positivismo. Es un teórico social, antes que nada.<sup>1</sup>

Que haya sido un "literato" más bien que un "científico social", atestigua quizás el dominio sobre gran parte de la ciencia social del siglo XIX ejercido por la búsqueda celosa de "leyes" supuestamente comparables a las que nos imaginamos que encuentran los científicos de la naturaleza. A falta de una ciencia social adecuada, los críticos y los novelistas, los dramaturgos y los poetas han sido los principales, si no los únicos, formuladores de inquietudes individuales y hasta de problemas públicos. El arte expresa esos sentimientos y a veces se concentra en ellos —en los mejores momentos con dramática agudeza—, pero no aún con la claridad intelectual necesaria para su comprensión y alivio en la actualidad. El arte no formula ni puede formular esos sentimientos como problemas que contienen las inquietudes y las dudas a las que los hombres tienen que hacer frente ahora si han de vencer su malestar e indiferencia y las insufribles angustias a que conducen. En realidad, el artista muchas veces no intenta hacerlo. Además, el artista sereno experimenta el mismo gran inquietud, y le va bien con alguna ayuda intelectual y cultural de una ciencia social animada por la imaginación sociológica.

## 5

Mi propósito en este libro es definir el significado de las ciencias sociales para las tareas culturales de nuestro tiempo. Deseo especificar las clases de esfuerzo que están detrás del desarrollo de la imaginación sociológica, indicar lo que ella implica para la vida política y para la vida cultural, quizá señalar algo de lo que se necesita para poseerla. Deseo, de esa manera, aclarar la naturaleza y los usos de las ciencias sociales en la actualidad, y dar un imitado informe de su situación contemporánea en los Estados Unidos.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> *Times Literary Supplement*, 15 de noviembre de 1957.

<sup>2</sup> Siento la necesidad de decir que prefiero con mucho la expresión "los estudios sociales" a la de "las ciencias sociales", no porque no me agraden

En cualquier momento dado, naturalmente, la "ciencia social" consiste en lo que están haciendo los científicos sociales debidamente reconocidos; pero no todos ellos están, de ningún modo, haciendo lo mismo; en realidad ni siquiera hacen cosas del mismo género. La ciencia social es también lo que han hecho los científicos sociales del pasado, pero cada estudioso de estas materias elige una determinada tradición de su disciplina. Cuando hablo de "la promesa de la ciencia social", espero que esté claro que me refiero a esa promesa tal como yo la veo.

Precisamente ahora hay entre los cultivadores de las ciencias

los científicos del mundo físico (por el contrario, me agradan mucho), sino porque la palabra "ciencia" ha adquirido gran prestigio y un sentido más bien impreciso. No siento ninguna necesidad de restarle prestigio ni de hacer aún menos preciso su sentido usando la como una metáfora filosófica. Pero respecto que si escribo "los estudios sociales", los lectores pensarán sólo en la teoría del gobierno civil de las escuelas superiores, que es, de todos los campos de la sabiduría humana, el único con el que deseo evitar toda clase de asociación. "Las ciencias de la conducta" es sencillamente impositivo; supongo que esta denominación fue concebida como un medio de propaganda para conseguir dinero destinado a investigaciones sociales de las fundaciones y de los diputados que confunden "ciencia social" con "socialismo". La mejor denominación debe incluir la historia (y la psicología, en la medida en que se refiere a seres humanos), y ha de prestarse a discusiones lo menos posible, porque nosotros argumentamos con palabras, pero no luchamos acerca de ellas. Quizás íta bien "disciplinas humanas". Pero ni pensarlo. Con la esperanza de no ser demasiado ampliamente mal interpretado, me atengo al uso convencido y empleo la consagrada expresión de "ciencias sociales".

Otra cosa más: Espero que mis colegas acepten la expresión "imaginación sociológica". Los cultivadores de las ciencias políticas que han leído mi manuscrito sugieren la denominación de "imaginación política"; y los antropólogos la de "imaginación antropológica", y así sucesivamente. Las palabras importan menos que la idea, la cual espero que se aclarará en el decurso de este libro. Con su empleo no quiero, desde luego, sugerir meramente la disciplina académica llamada "sociología". Mucho de lo que la frase significa, para mí no lo dicen en absoluto los sociólogos. En Inglaterra, por ejemplo, la sociología como disciplina académica es todavía algo marginal, pero en la buena parte del periodismo, de la novela y sobre todo de la historia inglesa, la imaginación sociológica está, ciertamente, muy bien desarrollada. Cosa análoga ocurre en Francia: tanto la confusión como la audacia del pensamiento francés desde la segunda Guerra Mundial descansan sobre su sentimiento de las características sociológicas del destino del hombre en nuestro tiempo; pero esas tendencias las sustentan literatos más bien que sociólogos profesionales. No obstante, empleo la frase "imaginación sociológica" porque: 1) cree el zapatero remendón que no hay más que curo, y para bien o para mal yo soy un sociólogo; 2) creo que históricamente esa cualidad mental ha sido poseída más frecuentemente y de manera más vivida por los sociólogos clásicos que por los demás cultivadores de las ciencias sociales; 3) puseo que voy a examinar críticamente muchas escuelas sociológicas curiosas, necesito un término contrario en que apoyarme.

sociales un malestar muy generalizado, tanto intelectual como moral, por la dirección que parece ir tomando la disciplina de su elección. Ese malestar, así como las infortunadas tendencias que contribuyen a producirlo, forman parte, según supongo, de un malestar general de la vida intelectual contemporánea. Pero quizás el malestar es más agudo entre los cultivadores de las ciencias sociales, aunque no sea más que por el dilatado alcance de la promesa que guió gran parte del trabajo anterior realizado en su campo, por la naturaleza de los asuntos que trata y por la urgente necesidad que hoy se siente de trabajo significativo y de importancia.

No todos sienten ese malestar, pero el hecho de que muchos no lo sientan es en sí mismo causa de nuevo malestar entre los que no olvidan la promesa y son bastante honrados para no admitir la pretenciosa mediocridad de mucho de lo que se hace. Dicho con toda franqueza, espero aumentar ese malestar, definir algunas de sus fuentes, contribuir a transformarlo en un aprendizaje específico para comprender la promesa de la ciencia social y limpiar el terreno para empezar de nuevo: en suma, indicar algunas de las tareas que hay que hacer y los medios disponibles para hacer el trabajo que hay que hacer hoy.

El concepto de la ciencia social que yo sustento no ha predominado últimamente. Mi concepto se opone a la ciencia social como conjunto de técnicas burocráticas que impiden la investigación social con sus pretensiones metodológicas, que congestionan el trabajo con conceptos oscuros y artificiales o que lo trivializan interponiéndose en pequeños problemas sin relación con los problemas públicamente importantes. Esos impedimentos, oscuridades y trivialidades han producido actualmente una crisis en los estudios sociales, sin que señalen en absoluto un camino para salir de ella.

Unos cultivadores de las ciencias sociales insisten en la necesidad de "equipos técnicos de investigación", otros en la primacía del investigador individual. Unos gastan mucha energía en el refinamiento de los métodos y las técnicas de investigación; otros piensan que han sido abandonados los tipos doctos del artesano intelectual y que deben ser rehabilitados ahora. Unos desarrollan su trabajo de acuerdo con un rígido conjunto de procedimientos mecánicos; otros tratan de desarrollar, incitar y emplear la imaginación sociológica. Algunos —adeptos del alto formalismo de la "teoría"— asocian y disocian conceptos de manera que a otros les parece extraña; y estos otros apremian para la elaboración de pala-

bras sólo cuando es manifiesto que ello amplia el alcance de la sensibilidad y aumenta el ámbito del razonamiento. Unos estudian estrictamente sólo ambientes en pequeña escala, con la esperanza de "armar" después con esas piezas concepciones de estructuras mayores; otros examinan las estructuras sociales en que tratan de "situar" muchos medios pequeños. Unos, olvidando por completo los estudios comparativos, estudian sólo una pequeña comunidad en una sociedad y en un tiempo; otros trabajan directamente y de un modo plenamente comparativo las estructuras sociales de las naciones del mundo. Unos limitan sus rigurosas investigaciones a secuencias muy reducidas de asuntos humanos; otros se interesan en problemas que sólo se advierten en una larga perspectiva histórica. Unos especializan su trabajo de acuerdo con compartimientos académicos; otros, saltándose todos los compartimientos, se especializan por asuntos o problemas, sin tener en cuenta donde están situados académicamente. Unos atienden a la diversidad de la historia, de la biografía, de la sociedad; otros no.

Esos contrastes, y muchos más de tipo parecido, no son necesariamente verdaderas alternativas, aunque en el calor de la controversia o en la indolente seguridad de la especialización se les tome por tales. En este punto, yo meamente los emuncio de un modo inicial, para volver a ellos al final de este libro. Tengo la esperanza, desde luego, de que se dejarán ver todas mis tendencias o prejuicios personales, porque los juicios que formule serán explícitos. Pero también intento, independientemente de mis propios juicios, enunciar los significados culturales y políticos de la ciencia social. Mis prejuicios no son, naturalmente, ni más ni menos prejuicios que los que voy a examinar. ¡Que quienes no se cuiden de los mitos usen su oposición a ellos para hacer los suyos tan explícitos y tan reconocidos como tales, como yo trataré de hacer los míos! Entonces se reconocerán los problemas morales del estudio social —el problema de la ciencia social como problema público—, y se hará posible la discusión. Entonces cada uno se conocerá mejor a sí mismo, lo que es, desde luego, condición previa para la objetividad en la empresa de la ciencia social en su conjunto.

Creo, en resumen, que lo que puede llamarse análisis social clásico es una serie de tradiciones definibles y usables: que su característica esencial es el interés por las estructuras sociales históricas; y que sus problemas tienen una relación directa con los urgentes problemas públicos y las insistentes inquietudes humanas. Creo también que hay actualmente grandes obstáculos en el camino de la continuidad de esa tradición —tanto dentro de las

ciencias sociales como en sus ambientes académico y político—; pero que, no obstante, las cualidades mentales que la constituyen, se están convirtiendo en un denominador común de nuestra vida cultural general y que, aunque vagamente y bajo una confusa variedad de disfraces, están empezando a dejarse sentir como una necesidad.

Muchos profesionales de la ciencia social, especialmente en los Estados Unidos, me parecen curiosamente renuentes a aceptar el reto que ahora se les lanza. De hecho, muchos abdican las tareas intelectuales y políticas del análisis social; otros, indudablemente, no están a la altura del papel que, sin embargo, se han asignado. En ocasiones casi parecen haber acogido deliberadamente viejas astucias y producido nuevas timideces. Mas, a pesar de esa resistencia, la atención intelectual y la atención pública están ahora tan manifiestamente fijas sobre los mundos sociales que se supone que ellos estudian, que hay que reconocer que se encuentran por única vez ante una oportunidad. En esa oportunidad se revuelan la promesa intelectual de las ciencias sociales, los usos culturales de la imaginación sociológica y el sentido político de los estudios sobre el hombre y la sociedad.

## 6

De un modo bastante embarazoso para quien se confiesa sociólogo, todas las infortunadas tendencias (salvo quizás una) que estudiare en los capítulos siguientes caen dentro de lo que generalmente se considera "el campo de la sociología", aunque la abdicación cultural y política que implican indudablemente caracteriza a gran parte del trabajo diario de otras ciencias sociales. Haya lo que haya de verdad en disciplinas tales como las ciencias políticas y la economía, en la historia y la antropología, es evidente que hoy en los Estados Unidos lo que se conoce con el nombre de sociología se ha convertido en el centro de reflexión acerca de la ciencia social. Se ha convertido en el centro de interés en cuanto a los métodos; y también encontramos en ella un interés extremado por la "teoría general". Una diversidad de trabajo intelectual verdaderamente notable ha entrado a tomar parte en el desarrollo de la tradición sociológica. Interpretar esa variedad como una tradición es audaz por sí mismo. Pero quizá se admita generalmente que lo que ahora se reputa trabajo sociológico ha tendido a moverse en una o más de tres direcciones generales, cada una de las cuales está expuesta a ciertas deformaciones:

1 Tendencia I: Hacia una teoría de la historia. Por ejemplo, en manos de Comte, como en las de Marx, Spencer y Weber, la sociología es una empresa enciclopédica, relativa a la totalidad de la vida social del hombre. Es al mismo tiempo histórica y sistemática: histórica porque trata de materiales del pasado y los emplea, sistemática porque lo hace con objeto de distinguir "las etapas" del curso de la historia y las regularidades de la vida social.

La teoría de la historia del hombre puede ser deformada muy fácilmente y convertirse en un estrecho molde trans-histórico en el cual se meten a la fuerza los materiales de la historia humana y del cual salen visiones proféticas (por lo general sombrías) del futuro. Las obras de Arnold Toynbee y de Oswald Spengler son ejemplos bien conocidos.

2 Tendencia II: Hacia una teoría sistemática de "la naturaleza del hombre y de la sociedad". Por ejemplo, en las obras de los formalistas, principalmente Simmel y Von Wiese, la sociología trata de conceptos destinados a servir para clasificar todas las relaciones sociales y penetrar sus características supuestamente inviolables. En suma, se interesa en una visión más bien estática y abstracta de los componentes de la estructura social en un nivel muy elevado de generalidad.

Quizá por reacción contra la deformación de la Tendencia I, la historia puede ser totalmente abandonada: la teoría sistemática de la naturaleza del hombre y de la sociedad se convierte con facilidad excesiva en un formalismo complicado y árido en el que la descomposición de conceptos y sus interminables recomposiciones y combinaciones se convierte en la tarea central. Entre los que llamaré Grandes Teóricos, las concepciones se han convertido verdaderamente en conceptos. El ejemplo contemporáneo más importante en la sociología norteamericana es la obra de Talcott Parsons.

3 Tendencia III: Hacia el estudio empírico de los hechos y los problemas sociales contemporáneos. Aunque Comte y Spencer fueron los soportes de la ciencia social norteamericana hasta 1914 aproximadamente, y la influencia teórica alemana fue grande, la actitud empírica fue fundamental en los Estados Unidos desde tiempos tempranos. En parte se debió esto a haber sido anterior la consagración académica de la economía y de la ciencia política. Dado esto, en la medida en que es definida como el estudio de algún sector especial de la sociedad, la sociología se convierte

fácilmente en una especie de trabajador suelto entre las ciencias sociales ocupado en estudios misceláneos de sobrantes académicos. Hay estudios de ciudades y de familias, de relaciones raciales y étnicas, y, desde luego, de "pequeños grupos". Como veremos, la miscelánea resultante se convirtió en un estilo de pensamiento que examinaré bajo el dictado de "practicidad liberal".

El estudio de los hechos contemporáneos fácilmente puede convertirse en una serie de datos de ambiente sin relación entre sí y con frecuencia insignificantes. Muchos cursos docentes de sociología norteamericana pueden servir de ejemplo; pero quizás lo revelen mejor los libros de texto relativos a la desorganización social. Por otra parte, los sociólogos han tendido a hacerse especialistas en la técnica de la investigación de casi todo. Entre ellos, los métodos se han convertido en metodología. Gran parte de la obra —y más aún del *ethos*— de George Lundberg, Samuel Stouffer, Stuart Dodd y Paul F. Lazarsfeld son ejemplos actuales. Estas tendencias —de dispersar la atención y cultivar el método por el método— son dignas compañeras entre sí, aunque no se den necesariamente juntas.

Las peculiaridades de la sociología pueden entenderse como deformaciones de una o más de sus tendencias tradicionales. Pero también sus promesas pueden entenderse en relación con esas tendencias. En los Estados Unidos se ha producido actualmente una especie de amalgama helenística que incorpora diversos elementos y finalidades de las sociologías de las diferentes sociedades occidentales. El peligro está en que, en medio de tanta abundancia sociológica, otros científicos sociales se impacienten tanto, y que los sociólogos sientan tanta urgencia de "investigar", que pierdan el dominio sobre un legado verdaderamente valioso. Pero hay también una oportunidad en nuestra situación: la tradición sociológica contiene las mejores formulaciones de la plena promesa de las ciencias sociales en conjunto, así como algunas realizaciones parciales de ellas. El matiz y la sugerencia que los estudiosos de la sociología pueden encontrar en sus tradiciones no pueden resumirse en breves términos, pero el investigador social que las tome en sus manos quedará ricamente recompensado. Su dominio sobre ellas puede convertirse rápidamente en nuevas orientaciones para su propio trabajo en la ciencia social.

Volveré a ocuparme de las promesas de la ciencia social (en los capítulos VII a X, después de haber examinado algunas de sus deformaciones más habituales (capítulos II a VI)).

## VII. LA DIVERSIDAD HUMANA

HABRIENDO criticado con bastante detenimiento varias tendencias que prevalecen en la ciencia social, me propongo ahora volver a ideas más positivas —y hasta programáticas— de la promesa de dicha ciencia. La ciencia social quizá es confusa, pero su confusión más bien es explotada que lamentada. Quizá está enferma, pero el reconocimiento de este hecho puede y debiera considerarse como una necesidad de diagnóstico y quizá hasta como un signo de salud futura.

### 1

La ciencia social trata propiamente de la diversidad humana, constituida por todos los mundos sociales en que han vivido, viven y podrían vivir los hombres. Esos mundos contienen comunidades primitivas que, por lo que sabemos, han cambiado poco en mil años; pero también Estados muy poderosos que, por decirlo así, han entrado de pronto en una existencia violenta. Bizancio y Europa, la China clásica y la antigua Roma, la ciudad de Los Angeles y el imperio del antiguo Perù: todos los mundos que los hombres han conocido están ahora ante nosotros, abiertos a nuestro escrutinio.

En esos mundos hay países abiertos a la colonización, grupos de presión, bandas de malhechores e indios navajos dueños de petróleo; fuerzas aéreas destinadas a demoler zonas metropolitanas de centenares de kilómetros cuadrados; policías en las esquinas; círculos íntimos y públicos sentados en un salón; sindicatos de delincuentes; masas apiñadas una noche en los cruces y las plazas de las ciudades del mundo; niños Hopi y tratantes de esclavos en Arabia; partidos alemanes, clases polacas, escuelas memoritas, tibetanos mentalmente perturbados, y redes de radio que dan la vuelta al mundo. Troncos raciales y grupos étnicos se mezclan en los cinematógrafos y al mismo tiempo se rechazan mutuamente; gentes felizmente casadas y que también odian sistemáticamente; mil ocupaciones de detalle dirigen negocios e industrias, gobiernos y situaciones, naciones del tamaño de continentes. Todos los días se hacen millones de pequeños contratos, y por dondequiera hay más "pequeños grupos" de los que nadie podría contar.

La diversidad humana incluye también la diversidad de los seres humanos individuales, que la imaginación sociológica debe

captar y comprender. En esa imaginación un brahmin hindú está al lado de un colono de Illinois, un caballero inglés del siglo XVIII al lado de un aborigen australiano, juntamente con un campesino chino de hace cien años, un político de la Bolivia actual, un caballero feudal de Francia, una sufragista inglesa de 1914 en huelga de hambre, una estrella de Hollywood y un patricio romano. Escribir sobre "el hombre" es escribir sobre todos esos hombres y mujeres... y también sobre Goethe y sobre la muchacha vecina.

El investigador social trata de comprender la diversidad humana de un modo ordenado, pero teniendo en cuenta la extensión y hondura de esa diversidad, muy bien puede preguntarse: ¿Es esto realmente posible? ¿No es la confusión de las ciencias sociales un reflejo inevitable de lo que intentan estudiar quienes las practican? Mi respuesta es que quizá la diversidad no es tan "desordenada" como la hace parecer la mera enumeración de una parte de ella; quizá ni siquiera tan desordenada como con frecuencia se la hace parecer en los cursos de estudios que se dan en los colegios y las universidades. El orden y el desorden son cosas relativas a un punto de vista: llegar a una comprensión ordenada de los hombres y de las sociedades requiere una serie de puntos de vista lo suficientemente simples para hacer posible la comprensión, pero suficientemente amplios para permitirnos incluir en nuestras opiniones la extensión y hondura de la diversidad humana. La lucha por esos puntos de vista es la primera e incesante lucha de la ciencia social.

Todo punto de vista descansa, naturalmente, sobre una serie de cuestiones, y las cuestiones generales de las ciencias sociales (que dejo indicadas en el capítulo I) acuden fácilmente a la mente que tiene un firme dominio de la concepción orientadora de la ciencia social como estudio de la biografía, de la historia y de los problemas de su intersección dentro de la estructura social. Estudiar esos problemas, darse cuenta de la diversidad humana, requieren que nuestro trabajo se relacione continua y estrechamente con el plano de la realidad histórica, y con las significaciones de esa realidad para los hombres y las mujeres individuales. Nuestro propósito es definir esa realidad y discernir esas significaciones; en relación con ellos se formulan los problemas de la ciencia social clásica, y así se afrontan las cuestiones y las inquietudes que esos problemas encarnan. Esto exige que busquemos una comprensión totalmente relativa de las estructuras sociales que han aparecido y que existen ahora en la historia del mundo. Exige

que se seleccionen y estudien ambientes en pequeña escala en relación con estructuras históricas de mayor escala. Exige que evitemos la especialización arbitraria en departamentos académicos, que especialicemos nuestro trabajo diversamente de acuerdo con el asunto y sobre todo de acuerdo con el problema, y que al hacerlo así utilicemos las perspectivas y las ideas, los materiales y los métodos de todos y cada uno de los estudios satisfactorios sobre el hombre como actor histórico.

Históricamente, los investigadores sociales han prestado la mayor atención a las instituciones políticas y económicas, pero también han sido muy estudiadas las instituciones militares y parentales, religiosas y educativas. Esta clasificación según las funciones objetivas que por lo general desempeñan las instituciones es enganosamente simple, pero, no obstante, es cómoda. Si entendemos como se relacionan unos con otros esos órdenes institucionales, entendemos la estructura social de una sociedad. Porque la "estructura social", tal como este concepto suele usarse más comúnmente, se refiere precisamente a eso, a la combinación de instituciones clasificadas según las funciones que cada una de ellas desempeña. En este sentido, es la unidad de trabajo más amplia con que tratan los investigadores sociales. En consecuencia, la finalidad más amplia de éstos es comprender cada una de las variedades de estructura social en sus partes componentes y en su totalidad. La expresión "estructura social" es definida de manera muy diferente, y se emplean otras para decir lo mismo, pero si se tiene presente la diferencia entre medio y estructura, al lado de la noción de institución, nadie dejará de reconocer la idea de estructura social cuando se le presente.

2

En nuestra época, las estructuras sociales están habitadamente organizadas bajo Estados políticos. En relación con el poder, y también en otras muchas relaciones importantes, la unidad de estructura social más amplia es el Estado-nación. El Estado-nación es ahora la forma predominante en la historia del mundo y, como tal, un hecho importante en la vida de cada individuo. El Estado-nación ha escindido y organizado, en grados y maneras diversas, las "civilizaciones" y los continentes del mundo. La mediatra de su expansión y las fases de su desarrollo son pistas importantes de la historia moderna y hoy de la universal. Dentro del Estado-nación están organizados ahora los medios políticos y militares, culturales y económicos, de decisión y poder, todas las

instituciones y los ambientes específicos en que la mayor parte de los hombres viven sus vidas públicas y privadas están organizados ahora dentro de uno u otro de los Estados-naciones.

Los investigadores sociales, desde luego, no siempre estudian sólo estructuras sociales nacionales. El hecho es que el Estado-nación es el armazón dentro del cual sienten más frecuentemente la necesidad de formular los problemas de las pequeñas y las grandes unidades. Otras "unidades" son consideradas de mejor gana como "pre-nacionales" o como "pos-nacionales". Porque, naturalmente, las unidades nacionales pueden "perteneceer" a una de las "civilizaciones", lo que suele querer decir que sus instituciones religiosas son las de una u otra de las "religiones mundiales". Los datos de "civilización" y otros muchos pueden seguir maneras de comparar la actual diversidad de Estados-naciones. Pero tal como las usan escritores como Arnold Toynbee, por ejemplo, me parece a mí que las "civilizaciones" son cosas demasiado desparatadas e imprecisas para ser las unidades primas, los "campos de estudio inteligibles", de las ciencias sociales.

Al elegir la estructura social nacional como nuestra unidad genérica de trabajo, adoptamos un plano conveniente de generalidad, un plano que nos permite evitar el abandono de nuestros problemas y abarcar las fuerzas estructurales manifestamente implícitas en muchos detalles y perturbaciones de la conducta humana actual. Además, la elección de estructuras sociales nacionales nos permite afrontar más fácilmente las cuestiones importantes de interés público, porque es dentro y entre los Estados-naciones del mundo donde, para bien o para mal, están sólidamente organizados ahora los medios efectivos de poder, y en consecuencia, en grado considerable, de forjar la historia.

Es cierto, desde luego, que no todos los Estados-naciones son iguales en cuanto a su poder para forjar historia. Algunos son tan pequeños y dependen tanto de otros, que lo que sucede en ellos sólo puede entenderse estudiando los Estados que son grandes potencias. Pero ése es simplemente otro problema de la clasificación útil de nuestras unidades —las naciones— y de su estudio necesariamente comparativo. También es cierto que todos los Estados-naciones reobran entre sí, y algunos grupos de ellos proceden de contextos tradicionales análogos. Pero eso es cierto de toda unidad de regular tamaño que podamos elegir para el estudio social. Además, especialmente desde la primera Guerra Mundial, todo Estado-nación capaz de ello se ha hecho cada vez más autosuficiente.

La mayor parte de los economistas y de los cultivadores de las

ciencias políticas consideran evidente que su unidad primordial es el Estado-nación; aun cuando se interesen por la "economía internacional" y las "relaciones internacionales", deben trabajar estrechamente en relación con diversos y específicos Estados-naciones. La condición y la práctica continuada de los antropólogos son, naturalmente, el estudio del "conjunto" de una sociedad o una "cultura", y cuando estudian sociedades modernas intentan de buena gana, con éxito variable, comprender las naciones como todos. Pero los sociólogos —o más exactamente los técnicos de la investigación— que no tienen un dominio muy firme del concepto de estructura social, con frecuencia estudian las naciones en escala dudosamente grande. Indudablemente, se debe esto al prejuicio de que la "recolección de datos" puede hacerse de manera menos costosa sólo en unidades en pequeña escala. Esto quiere decir, desde luego, que su elección de unidades no está de acuerdo con lo que es necesario para cualesquiera problemas que hayan escogido; antes al contrario, el problema y la unidad están determinados por la elección de método.

En cierto modo, este libro es en su conjunto un argumento contra ese prejuicio. Creo que cuando la mayor parte de los investigadores sociales se ponen seriamente a estudiar un problema importante, les resulta muy difícil formularlo en relación con una unidad menor que el Estado-nación. Esto es exacto en lo que se refiere al estudio de la estratificación social y de la política económica, de la opinión pública y de la naturaleza del poder político, del trabajo y del asueto. Ni siquiera problemas de gobierno municipal pueden formularse adecuadamente sin una referencia plena a la estructura nacional. Así, pues, la unidad del Estado-nación se recomienda por sí misma por un alto grado de evidencia empírica accesible a todo el que tenga experiencia del trabajo sobre los problemas de la ciencia social.

## 3

La idea de estructura social, juntamente con su concepto como unidad genérica de la ciencia social, está históricamente asociada de modo muy estrecho con la sociología, y los sociólogos han sido sus exponentes clásicos. El asunto tradicional tanto de la sociología como de la antropología ha sido la sociedad total, o, como la llaman los antropólogos, "la cultura". Lo que es específicamente sociológico en el estudio de cualquier rasgo particular de una sociedad total es el incesante esfuerzo para relacionar aquel rasgo con otros, a fin de formarse un concepto del conjunto. La

imaginación sociológica, como ya he dicho, es en parte considerable una consecuencia de la preparación adquirida en ese tipo de esfuerzo. Pero en la actualidad esa opinión y esa práctica no se limitan de ningún modo a los sociólogos y los antropólogos. Lo que en otro tiempo fue una promesa de esas disciplinas, se ha convertido por lo menos en una práctica balbuciente, y también en una intención, de las ciencias sociales en general.

La antropología cultural, en su tradición clásica y en sus manifestaciones actuales, no me parece distinguible, en ningún aspecto fundamental, del estudio sociológico. Hace algún tiempo, cuando no había, o había muy pocos, estudios de sociedades contemporáneas, los antropólogos tenían que recoger materiales sobre pueblos analfabetos en lugares remotos. Otras ciencias sociales —en particular la historia, la demografía y la ciencia política— han dependido desde sus orígenes de materiales documentales acumulados en sociedades que tenían escritura. Y este hecho tendió a diferenciar las disciplinas. Pero ahora se usan "estudios empíricos" de diversos tipos en todas las ciencias sociales, y en realidad las técnicas han sido más plenamente desarrolladas por los psicólogos y los sociólogos en relación con las sociedades históricas. En los últimos años también los antropólogos han estudiado comunidades adelantadas y hasta Estados-naciones, con frecuencia a distancia considerable; a su vez, los sociólogos y los economistas han estudiado los "pueblos subdesarrollados". No hay una diferencia de método ni un límite de contenido que verdaderamente distinga a la antropología de la economía y la sociología actuales.

La mayor parte de los economistas y de los cultivadores de la ciencia política se han interesado por sectores institucionales especiales de estructura social. Sobre la "economía" y sobre el "Estado", los científicos de la política en menor medida, y los economistas en mayor medida, han formulado "teorías clásicas" que han persistido durante generaciones de estudiosos. En suma, construyeron modelos, aunque los científicos de la política (juntamente con los sociólogos) han sido tradicionalmente menos conscientes de su actividad como constructores de modelos que los economistas. La teoría clásica, naturalmente, consiste en la formulación de conceptos y supuestos de los cuales se sacan deducciones y generalizaciones, las cuales, a su vez, se comparan con diversidad de proposiciones empíricas. En ese trabajo, los conceptos, los procedimientos y hasta las cuestiones son por lo menos implícitamente codificados.

Todo eso puede estar muy bien. Sin embargo, para la econo-

mía indudablemente y para la ciencia política y la sociología a su debido tiempo, dos hechos tienden a restar importancia a los modelos formales de Estado y de economía con límites claros, que quiere decir tanto como formales y en gran medida mutuamente excluyentes: 1) el desarrollo económico y político de las zonas llamadas subdesarrolladas; y 2) las tendencias de las formas de la "economía política" en el siglo xx, tanto las totalitarias como las formalmente democráticas. Las consecuencias de la segunda Guerra Mundial han sido a la vez erosivas y fructíferas para los economistas teóricos atentos, en realidad para todos los investigadores sociales dignos de ese título.

Una "teoría de los precios", que es meramente económica, puede ser lógicamente clara, pero no puede ser empíricamente adecuada. Esa teoría exige el estudio de la administración de instituciones de negocios y del papel de los directores dentro de y entre ellas; exige atención a la psicología de las expectativas acerca de los costos, y en especial acerca de los salarios; a la fijación de precios por consorcios de pequeñas empresas cuyos jefes pueden entenderse, etc. De un modo análogo, entender "el tipo de interés" requiere con frecuencia el conocimiento del tráfico oficial y personal entre los banqueros y los mecanismos económicos oficiales e impersonales del gobierno.

No hay otro remedio, creo yo, sino que cada investigador social se incorpore a la ciencia social y haga en ella trabajo comparativo, y eso me parece que es ahora un cambio de interés muy grande. El trabajo comparativo, teórico y empírico, es hoy el camino más prometedor para la ciencia social, y ese trabajo puede hacerse mejor dentro de una ciencia social unificada.

4

Al progresar cada una de las ciencias sociales, su acción recíproca con las demás se ha intensificado. El asunto de la economía está volviendo a ser lo que fue en el origen: la "economía política", vista cada día más dentro de una estructura social total. Un economista como John Galbraith es un científico de la política tanto como lo son Robert Dahl o David Truman; en realidad, su obra sobre la estructura actual del capitalismo norteamericano tiene tanto de teoría sociológica de la economía política como las opiniones de Schumpeter sobre el capitalismo y la democracia o las de los grupos políticos de Earl Latham, Harold D. Lasswell, o David Riesman, o Gabriel Almond, tienen tanto de sociólogos como de psicólogos y de científicos de la política. Están dentro

y fuera de las ciencias sociales, y así están todos; en cuanto un individuo llega a dominar uno de esos "campos", se ve obligado a entrar en las especialidades de los otros, es decir, en la esfera de todos los campos pertenecientes a la tradición clásica. Pueden, desde luego, especializarse en un orden institucional, pero en la medida en que captan lo que le es esencial, llegan también a comprender su lugar dentro de la estructura social total y, en consecuencia, sus relaciones con los otros dominios institucionales. Porque en parte considerable, como ya se va viendo claro, su misma realidad consiste en esas relaciones.

No puede suponerse, naturalmente, que los investigadores sociales enfrentados con la gran diversidad de la vida social, hayan dividido racionalmente el trabajo que tienen ante sí. En primer lugar, cada una de las disciplinas implicadas se ha desarrollado por sí misma y en respuesta a demandas y condiciones absolutamente específicas; ninguna se ha desarrollado como parte de un plan general. En segundo lugar, hay, desde luego, mucho desacuerdo acerca de las relaciones de esas diversas disciplinas, así como acerca del grado de especialización de cada una. Pero el hecho importante hoy es que esos desacuerdos pueden considerarse ahora más como hechos de la vida académica que como dificultades intelectuales, y hasta académicamente, creo yo, actualmente tienden con frecuencia a resolverse, a ser rebasados.

Intelectualmente, el hecho central hoy es la fluidez creciente de las líneas límites; los conceptos pasan con facilidad creciendo de una disciplina a otra. Hay varios casos notables de carreras basadas exclusivamente en el dominio del vocabulario de un campo y su hábil uso en el terreno tradicional de otro. Hay y habrá especialización, pero no debe hacerse según disciplinas más o menos accidentalmente constituidas como nosotros las conocemos. Se hará siguiendo los lineamientos de problemas cuya solución requiere un equipo intelectual perteneciente tradicionalmente a esas varias disciplinas. Todos los investigadores sociales emplean cada vez más conceptos y métodos similares.

Cada ciencia social ha sido moldeada por desarrollos internos de tipo intelectual; cada una de ellas ha sido también decisivamente influida por "accidentes" institucionales, hecho claramente revelado por los diferentes modos en que cada una de ellas ha tomado forma en cada una de las naciones más importantes de Occidente. La tolerancia o la indiferencia de las disciplinas ya consagradas, incluidas la filosofía, la historia y las humanidades, ha condicionado con frecuencia los campos de la sociología, de la

economía, de la antropología, de la ciencia política y de la psicología. Un realidad, en algunas instituciones de alta cultura esa tolerancia o su ausencia ha determinado la presencia o la ausencia de las ciencias sociales como departamentos académicos. En Oxford y en Cambridge, por ejemplo, no hay "departamentos de sociología".

El peligro de tomar demasiado en serio la "departamentalización" de la ciencia social estriba en el supuesto concomitante de que las instituciones económicas, políticas y otras forman sistemas autónomos. Desde luego, como ya he indicado, ese supuesto ha sido y es usado para construir "modelos analíticos" que con frecuencia son muy útiles, verdaderamente. Generalizados, y congelados en los departamentos de una escuela, los modelos clásicos de "la política" y de "la economía" probablemente se acercan a la estructura de Inglaterra y especialmente de los Estados Unidos a principios del siglo XIX. En realidad, históricamente, las ciencias económica y política como especialidades deben ser interpretadas, en cierta parte, de acuerdo con la fase histórica del moderno Occidente durante la cual cada orden institucional pretendió constituir un campo autónomo. Pero es claro que un modelo de sociedad compuesta de órdenes institucionales autónomos no es, ciertamente, el único modelo según el cual pueda trabajarse en la ciencia social. No podemos tomar ese tipo único como base adecuada para todo nuestro sector de trabajo intelectual. La comprobación de esto es uno de los impulsos que operan ahora para unificar las ciencias sociales. Una fusión verdaderamente activa de las diversas disciplinas de la ciencia política y la economía, de la antropología cultural y la historia, de la sociología y por lo menos un gran sector de la psicología, se ha venido operando en los planes de los cursos académicos así como en los proyectos ideales de estudios.

Los problemas intelectuales planteados por la unificación de las ciencias sociales se refieren principalmente a las relaciones de los órdenes institucionales —el político y el económico, el militar y el religioso, la familia y la educación— en sociedades y períodos dados; son, como ya he dicho, problemas importantes. Las numerosas dificultades prácticas que plantean las relaciones activas de las diferentes ciencias sociales se refieren a la formulación de programas y de carreras académicas, a la confusión lingüística y a los mercados de trabajo ya consagrados para los graduados en cada campo. Un gran obstáculo para la unificación del trabajo en la ciencia social es el libro de texto que presenta sólo una materia. Frecuentemente, es más de acuerdo con libros

de texto que con cualquiera otra producción intelectual como se hace la integración y la determinación de fronteras de los "campos". Es difícil imaginar una situación menos apropiada. Pero los mayoristas de libros de texto tienen muy reales intereses creados en sus producciones, aun cuando salgan perdiendo los productores y los consumidores. Al lado de la integración de los libros de texto, el intento de integrar las ciencias sociales procede de acuerdo con conceptos y métodos y no de acuerdo con problemas y materias. En consecuencia, la idea de "campos" diferentes se basa menos en férreos sectores de problemas que en conceptos de papel de estufa. Esos conceptos son, sin embargo, difíciles de superar, y no sé si llegarán a serlo. Pero me parece que hay alguna probabilidad de que ciertas tendencias estructurales, dentro de la sociedad de disciplinas académicas, vengán con el tiempo a quienes —con frecuencia atrincherados y contumaces— todavía están atrapados en sus ambientes especializados.

Entretanto, seguramente muchos investigadores sociales individuales conspiraban que en "sus propias disciplinas" pueden realizar mejor sus fines si admiten más explícitamente las tareas orientadoras comunes de la ciencia social. Ahora es absolutamente posible para el practicante indisciplinado desconocer los cambios "accidentales" de departamentos, y elegir y dar forma a su propia especialidad sin muchos impedimentos de carácter departamental. Cuando llega a tener un sentido auténtico de los problemas importantes y a sentirse apasionadamente interesado en su solución, se ve obligado con frecuencia a dominar ideas y métodos que por ventura han nacido dentro de una u otra de esas disciplinas. Ninguna especialidad de la ciencia social le parecerá, en ningún sentido intelectualmente significativo, un mundo cerrado. Además, llega a comprender que en realidad está practicando la ciencia social, y no una de las ciencias sociales, y que ello es así no importa cuál sea el sector particular de la vida social en cuyo estudio se interesa más.

Suele decirse que nadie puede tener una mentalidad totalmente enciclopédica sin incurrir en dilematismo. No creo que sea así, pero sí lo es, ¿no saldremos ganando por lo menos algo con ese sentido enciclopédico? Es absolutamente imposible, ciertamente, dominar todos los materiales, conceptos y métodos de cada una de esas disciplinas. Por otra parte, los intentos de "integrar las ciencias sociales" por "traducción conceptual" o por la exposición detallada de materiales suelen ser nimiedades de mandarín; así en gran parte de lo que se hace en muchos de los cursos sobre "ciencia social general". Pero ese dominio, esa tra-

ducción, esa exposición, esos cursos, no son lo que quiere decir "la unificación de las ciencias sociales".

Eso quiere decir lo siguiente: Formular y resolver todos los problemas importantes de nuestra época requiere la selección de materiales, conceptos y métodos de más de una de esas varias disciplinas. Un investigador social no necesita "dominar el campo" para estar bastante familiarizado con sus materiales y perspectivas y usarlos en aclarar los problemas que le interesan. La especialización debe hacerse de acuerdo con ese grupo de problemas y no de acuerdo con fronteras académicas. Esto es, según me parece, lo que está sucediendo ahora.

## VIII. USOS DE LA HISTORIA

La ciencia social trata de problemas de biografía, de historia y de sus intersecciones dentro de estructuras sociales. Que sea tres cosas — biografía, historia, sociedad — son los puntos coordenados del estudio propio del hombre, ha sido la importante plataforma sobre la cual me mantuve mientras critique las diferentes escuelas actuales de sociología cuyos practicantes han abandonado esta tradición clásica. Los problemas de nuestro tiempo — que ahora incluyen el problema de la naturaleza misma del hombre — no pueden enunciarse adecuadamente sin la práctica consecuente de la opinión según la cual la historia es el frute del estudio social y sin reconocer la necesidad de desarrollar más una psicología del hombre sociológicamente basada e históricamente significativa. Sin el uso de la historia y sin un sentido histórico de las materias psicológicas, el investigador social no puede enunciar adecuadamente los tipos de problemas que deben ser ahora los puntos de orientación de sus estudios.

### 1

El tedioso debate acerca de si el estudio histórico es o no es o si debe ser considerado una ciencia social no es importante ni interesante. La conclusión depende muy claramente de la clase de historiadores y de la clase de investigadores sociales de que estamos hablando. Algunos historiadores son, manifiestamente, complotadores de hechos que procuran abstenerse de "interpretar"; se dedican, a veces fructíferamente, a un fragmento de historia y parecen resistirse a situarlo dentro de un campo más vasto de acontecimientos. Algunos se sitúan más allá de la historia — a veces también fructíferamente — en visiones transhistóricas de la ruina inminente o de la gloria futura. La historia como disciplina incita a la busca del detalle, pero también estimula a ampliar la visión de uno hasta abarcar los acontecimientos centrales de la época en el desarrollo de estructuras sociales.

Quizás la mayor parte de los historiadores se interesan en "adquirir la seguridad de los hechos" necesaria para comprender la transformación histórica de las instituciones sociales, y en la interpretación de esos hechos, usualmente mediante narraciones. Por otra parte, muchos historiadores no dudan en incluir en sus estudios todos y cada uno de los sectores de la vida social. Su

alcance es, pues, el de la ciencia social, aunque, como los otros investigadores sociales, puedan especializarse en historia política, o historia económica, o historia de las ideas. En cuanto estudian como historiadores tipos de instituciones, tienden a destacar los cambios ocurridos en determinado periodo de tiempo y a trabajar de un modo no comparativo, mientras que el trabajo de muchos investigadores sociales al estudiar tipos de instituciones ha sido más comparativo que histórico. Pero esta diferencia seguramente no es sino una mera diferencia de punto de vista y de especialización dentro de una tarea común.

Muchos historiadores norteamericanos, precisamente ahora, están muy influidos por las concepciones, los problemas y los métodos de las diversas ciencias sociales. Barzun y Craft han indicado recientemente que quizá "los investigadores sociales se abstienen de pedir a los historiadores que modernicen sus técnicas" porque "los investigadores sociales están demasiado ocupados para leer historia" y "no reconocen sus propios materiales cuando se les presentan de un modo diferente".<sup>1</sup>

En todo trabajo de historia hay, desde luego, más problemas de método de lo que suelen figurarse muchos historiadores. Pero en la actualidad algunos de ellos no piensan tanto en cuestiones de método como de epistemología, y de una manera que sólo puede tener por resultado un curioso alejamiento de la realidad histórica. La influencia sobre algunos historiadores de ciertas clases de "ciencia social" es con frecuencia absolutamente infundada; pero es una influencia que todavía no está bastante difundida para que exija que la estudiemos aquí más detenidamente.

La tarea esencial del historiador consiste en mantener completo el archivo humano; pero ésta es, verdaderamente, una simple y engañosa declaración de propósitos. El historiador representa la memoria organizada de la humanidad, y esa memoria, como historia escrita, es enormemente maleable. Cambia, algunas veces radicalmente, de una generación de historiadores a otra, y no sólo porque una investigación más detallada aporte al archivo hechos y documentos nuevos, sino que cambia también porque cambian los puntos de interés y el armazón dentro del cual el archivo se ordena. Esos son los criterios de selección de los innumerables hechos disponibles, y al mismo tiempo las interpretaciones principales de su significado. El historiador no puede dejar de hacer una selección de los hechos, aunque puede intentar desconectarla con interpretaciones ligeras y circunspetas. No nece-

<sup>1</sup> Jacques Barzun y Henry Craft: *The Modern Researcher*, Harcourt and Brace, Nueva York, 1957, p. 221.

sitamos la proyección imaginativa de George Orwell para saber cuán fácilmente puede falsarse la historia en el proceso de su constante reelaboración, aunque su 1984 lo señaló dramáticamente y, esperemoslo, asustó con razón a algunos de nuestros colegas historiadores.

Pueden considerarse las producciones de los historiadores como un gran archivo indispensable para toda ciencia social; creo éste un punto de vista exacto y fructífero. Se piensa en ocasiones que la historia como disciplina contiene toda la ciencia social; pero sólo creen eso algunos "humanistas" desorientados. Más fundamental que una u otra opinión es la idea de que toda ciencia social —o mejor dicho, todo estudio social bien meditado— requiere una concepción de alcance histórico y un uso pleno de materiales históricos. Esta sencilla noción es la principal idea a favor de la cual vengo arguyendo.

Al principio, quizá encontremos una objeción frecuente contra el uso de materiales históricos por investigadores sociales; se dice que esos materiales no son precisa ni siquiera plenamente conocidos para que sea permitido su uso en comparaciones con los materiales contemporáneos mejor confirmados y más exactos de que se dispone. Esta objeción apunta, desde luego, a un problema muy inquietante de la investigación social, pero sólo tiene fuerza si limitamos los tipos de información admitidos. Como ya he advertido, la consideración suprema del analista social clásico ha sido las exigencias de su problema y no las limitaciones de ningún método rígido. La objeción, pues, es válida sólo para ciertos problemas, y en realidad muchas veces puede ser obviada: para muchos problemas podemos obtener información adecuada sólo acerca del pasado. El secreto oficial y no oficial, y el uso extenso de relaciones públicas, son hechos contemporáneos que indudablemente hay que tener en cuenta al juzgar la veracidad de la información sobre el pasado y sobre el presente. Esta objeción, en una palabra, es una nueva versión de la inhibición metodológica, y con frecuencia una característica de la ideología agnóstica del individuo políticamente inactivo.

## 2

Más importante que la medida en que los historiadores sean investigadores sociales, o cómo se conduzcan, es el punto aún más discutible de que las ciencias sociales son por sí mismas disciplinas históricas. Para realizar sus tareas, o aun para enunciarlas

bien, los investigadores sociales tienen que usar materiales de la historia. A no ser que se suponga una teoría transhistórica de la naturaleza de la historia, o que el hombre en sociedad es una entidad no histórica, no puede suponerse que ninguna ciencia social trascienda a la historia. Toda sociología digna de ese nombre es "sociología histórica". Es, según la excelente frase de Paul Sweezy, el intento de escribir "la historia presente". Son varias las razones de estas relaciones íntimas entre la historia y la sociología.

d) En nuestro mismo enunciado de lo que hay que explicar, necesitamos el gran alcance que sólo puede proporcionar el conocimiento de las variedades históricas de sociedad humana. Que a una cuestión dada —las relaciones de las formas del nacionalismo con los tipos de militarismo, por ejemplo— haya que darle con frecuencia respuestas diferentes cuando se formula sobre sociedades y épocas diferentes, significa que la pregunta misma necesita muchas veces ser formulada de nuevo. Necesitamos la variedad que proporciona la historia aun para formular adecuadamente preguntas sociológicas, y mucho más para contestarlas. Las respuestas o explicaciones que con frecuencia, si no habitualmente, damos son comparativas. Las comparaciones son necesarias para comprender cuáles pueden ser las condiciones esenciales de lo que estamos tratando de comprender, ya sean formas de esclavitud, o el sentido especial de un delito, tipos de familia o de comunidades campesinas o de granjas colectivas. Debemos observar aquello en que estamos interesados en circunstancias muy diversas. De otro modo, estaremos limitados a una descripción insulsa.

Para ir más allá de eso, debemos estudiar todo el margen disponible de estructuras sociales, incluidas las históricas tanto como las contemporáneas. Si no tomamos en cuenta ese margen, que no abarca, desde luego, todos los casos existentes, nuestros enunciados no pueden ser empíricamente adecuados. No pueden discernirse claramente las regularidades o las relaciones que se pueden advertir entre diferentes características de la sociedad. Los tipos históricos, en suma, son parte muy importante de lo que estamos estudiando, y son también indispensables para las explicaciones que de ello demos. Eliminar esos materiales —el archivo de todo lo que el hombre ha hecho y ha llegado a ser— de nuestros estudios sería como pretender estudiar el proceso del nacimiento ignorando la maternidad.

Si nos limitamos a una unidad nacional de una sociedad con-

temporánea, que suele ser una sociedad occidental, posiblemente no podemos esperar descubrir muchas diferencias verdaderamente fundamentales entre los tipos humanos y las instituciones sociales. Esta verdad general tiene un sentido especial para el trabajo en ciencia social: En el momento de operar un corte transversal en una sociedad, con frecuencia puede haber tantos denominadores comunes de creencia, valor, forma institucional, que por detallado que sea nuestro estudio no encontraremos diferencias verdaderamente significativas entre las gentes y las instituciones en aquel momento y en aquella sociedad. En realidad, los estudios sobre un tiempo y un lugar suponen o implican muchas veces una homogeneidad que, si es cierta, necesita mucho que se la considere un problema. No puede reducirse fructuosamente, como con tanta frecuencia se hace en la práctica corriente de la investigación, a un problema de procedimiento de muestreo. No puede ser formulada como problema en relación con un momento y un lugar determinados.

Las sociedades parecen diferir con respecto al margen de variación de los fenómenos específicos que ocurren dentro de ellas, así como, de una manera más general, respecto al grado de homogeneidad social. Como ha observado Morris Ginsberg, si lo que estamos estudiando "presenta variaciones individuales suficientes dentro de la misma sociedad, o en el mismo periodo de tiempo, puede ser posible establecer conexiones reales sin salir de aquella sociedad o tiempo".<sup>1</sup> Esto es verdad muchas veces, pero habitualmente no es tan cierto que se le pueda dar simplemente por supuesto; para saber si es o no cierto, con frecuencia tenemos que proyectar nuestros estudios como comparaciones entre estructuras sociales. Hacer esto de un modo adecuado requiere por lo común que hagamos uso de la variedad suministrada por la historia. El problema de la homogeneidad social —en la moderna sociedad de masas o, por contraste, en la sociedad tradicional— no puede ni aun ser proplamente enunciado, y mucho menos adecuadamente resuelto, si no examinamos comparativamente el ámbito de las sociedades contemporáneas e históricas.

El sentido, por ejemplo, de problemas clave de la ciencia política como los de "público" y "opinión pública", no pueden aclararse sin ese trabajo. Si no incluimos un campo más extenso en nuestro estudio, muchas veces nos condenamos a resultados superficiales y engañosos. Yo no supongo, por ejemplo, que nadie quiera discutir la aserción de que el hecho de la indiferencia polí-

<sup>1</sup> Morris Ginsberg: *Essays in Sociology and Social Philosophy*, vol. II, 39, Heinemann, Londres, 1956.

tica es uno de los hechos principales de la escena política contemporánea en las sociedades occidentales. Pero en esos estudios de "la psicología política de los electores" que no son ni comparativos ni históricos, ni siquiera encontramos una clasificación de los "electores" —o de los "hombres políticos"— que verdaderamente tome en cuenta esa indiferencia. De hecho, la idea históricamente específica de una tal indiferencia política, y mucho menos su sentido, no puede formularse en los términos habituales de esos estudios de votaciones.

Decir de los campesinos del mundo pre-industrial que son "políticamente indiferentes" no tiene igual significación que decir lo mismo del hombre de la moderna sociedad de masas. Entre otras cosas, la importancia de las instituciones políticas para el modo de vida y sus condiciones son totalmente diferentes en los dos tipos de sociedad. Además, difiere la oportunidad formal de afiliarse políticamente. Y por otra parte, la perspectiva de intervenir en la vida política promovida por todo el curso de la democracia burguesa en el Occidente moderno no siempre existió en el mundo pre-industrial. Para comprender la "indiferencia política", para explicarla, para captar su significado en las sociedades modernas, tenemos que tomar en cuenta los tipos y condiciones totalmente distintos de indiferencia, y para hacerlo tenemos que examinar materiales históricos y comparativos.

2) Los estudios a-históricos tienden por lo general a ser estudios estáticos, o a muy corto plazo, de ambientes limitados. No puede esperarse otra cosa, porque conocemos más fácilmente las grandes estructuras cuando cambian, y probablemente llegamos a conocer esos cambios únicamente cuando ensanchamos nuestra visión hasta abarcar un periodo histórico suficiente. La posibilidad de que entendamos cómo obran entre sí pequeños ambientes y grandes estructuras, y la posibilidad de que comprendamos las grandes causas que operan en esos ambientes limitados, exige que tratemos materiales históricos. El conocimiento de la estructura, en todos los sentidos de esta palabra fundamental, así como el adecuado enunciado de las inquietudes y problemas de los ambientes limitados, exigen que reconozcamos las ciencias sociales como disciplinas históricas y que las practiquemos como tales.

No sólo aumentan nuestras posibilidades de llegar a conocer la estructura mediante el trabajo histórico; no podemos esperar entender ninguna sociedad, ni aun como cosa estática, sin usar materiales históricos. La imagen de toda sociedad es una imagen específicamente histórica. Lo que Marx llamó el "principio de la

especificidad histórica" se refiere, en primer lugar, a una línea guía: toda sociedad dada debe ser entendida en relación con el periodo específico en que existe. Como quiera que se defina la palabra "periodo", las instituciones, las ideologías, los tipos de hombres y de mujeres que predominan en un periodo dado constituyen algo así como un patrón único. No quiere esto decir que ese tipo histórico no pueda compararse con otros, y desde luego no quiere decir que el patrón pueda ser captado sólo intuitivamente. Pero sí quiere decir —y ésta es la segunda referencia del citado principio— que dentro de ese tipo histórico tienen algún modo específico de intersección diversos mecanismos de cambio. Esos mecanismos, que Karl Mannheim, siguiendo a John Stuart Mill, llamó principia media, son los mecanismos verdaderos que desea captar el investigador social, interesado en la estructura social.

Los antiguos teóricos sociales se esforzaron en formular leyes invariables de la sociedad, leyes que valdrían para todas las sociedades, así como los procedimientos abstractos de la ciencia física condujeron a leyes que eliminan de raíz la riqueza cualitativa de la "naturalidad". No hay, creo yo, ninguna "ley" formulada por un investigador social que sea transhistórica, que no deba ser interpretada en relación con la estructura específica de alguna época. Otras "leyes" son vacías abstracciones o tautologías confusas. El único sentido de "leyes sociales", o aun de "regularidades sociales", está en los principia media que podemos descubrir, o si se prefiere, construir, para una estructura social dentro de una época históricamente específica. No conocemos principios universales de cambio histórico; los mecanismos de cambio que conocemos varían con la estructura social que examinamos. Porque el cambio histórico es cambio de estructuras sociales, de las relaciones entre sus partes componentes. Así como hay diversidad de estructuras sociales, hay diversidad de principios de cambio histórico.

3) Que el conocimiento de la historia de una sociedad es indispensable muchas veces para comprenderla, resulta absolutamente claro a todo economista, o estudioso de la ciencia política, o sociólogo, cuando deja su avanzada nación industrial para examinar las instituciones de una estructura social diferente, en el Medio Oriente, en Asia, en África. En el estudio de "su propio país" con frecuencia ha hecho incursiones en la historia, cuyo conocimiento está incorporado en todos los conceptos con que trabaja. Cuando estudia un ámbito mayor, cuando compara, se hace más consien-

te de lo histórico como intrínseco a lo que desea comprender y no simplemente como "fondo general".

En nuestro tiempo los problemas de las sociedades occidentales son casi inevitablemente problemas universales. Quizá constituya una característica definidora de nuestra época el que por primera vez en ella las diversidades de mundos sociales que contiene se encuentren en una interacción serena, rápida y manifiesta. El estudio de nuestra época debe ser un examen comparativo de esos mundos y de sus acciones recíprocas. Quizá sea por eso por lo que aquello que constituyó en otro tiempo el coto exótico del antropólogo se ha convertido en los "países subdesarrollados" del mundo que los economistas, no menos que los científicos de la política y los sociólogos, incluyen regularmente entre sus objetos de estudio. Por eso alguna de la mejor sociología que se hace hoy es trabajo relativo a zonas y regiones del mundo.

El estudio comparativo y el estudio histórico están profundamente entrelazados. No podemos comprender las economías políticas subdesarrolladas, comunista y capitalista, tal como existen actualmente en el mundo, mediante comparaciones insulas e intertemporales. Tenemos que ampliar el ámbito temporal de nuestro análisis. Para comprender y explicar los hechos comparativos tal como hoy se nos presentan, tenemos que conocer las fases históricas y las razones históricas de las variaciones de ritmo y de dirección del progreso o de la ausencia de progreso. Debemos saber, por ejemplo, por qué las colonias fundadas por occidentales en América del Norte y en Australia en los siglos XVI y XVII se han convertido con el tiempo en sociedades capitalistas industrialmente florecientes, por qué las de la América Latina, de la India y de África siguieron siendo pobres, rurales y subdesarrolladas hasta el siglo XX.

Así, el punto de vista histórica conduce al estudio comparativo de las sociedades. No podemos comprender ni explicar las fases por las que ha pasado toda nación occidental moderna, ni la forma que asume hoy día, únicamente en relación con su propia historia nacional. No quiero decir simplemente que en su realidad histórica ha tenido influencias recíprocas con el desarrollo de otras sociedades; quiero decir también que el intelecto no puede ni siquiera formular los problemas históricos y sociológicos de esa estructura social sin interpretarlos en contraste y en comparación con otras sociedades.

4) Aun cuando nuestro trabajo no sea explícitamente comparativo —aun cuando nos interescemos por un sector limitado de

una sola estructura nacional—, necesitamos materiales históricos. Sólo por un acto de abstracción que viola innecesariamente la realidad social, podemos tratar de congelar un momento estrecho como el corte de un cuchillo. Podemos, desde luego, construir vislumbres y hasta panoramas estáticos de ese tipo, pero no podemos terminar con esas construcciones nuestro trabajo. Sabiendo que lo que estamos estudiando está sujeto a cambios, en los más simples niveles descriptivos, debemos preguntarnos: ¿Cuáles son las tendencias predominantes? Para contestar a esta pregunta tenemos que enunciar por lo menos el "desde qué" y el "hasta qué".

El enunciado que hagamos de la tendencia puede ser a muy corto plazo o por toda la duración de la época; eso dependerá, naturalmente, de nuestro propósito. Pero habitualmente, en trabajos de alguna escala, encontramos necesarias tendencias de duración considerable. Tendencias de mayor duración sólo suelen ser necesarias para superar el provincialismo histórico, o sea la suposición de que el presente es una especie de creación autónoma.

Si queremos entender los cambios dinámicos en una estructura social contemporánea, debemos tratar de discernir su desarrollo en plazo muy largo, y de acuerdo con él preguntarnos: ¿En virtud de qué mecánica han tenido lugar esas tendencias y está cambiando la estructura de la sociedad? En preguntas así llega a su climax nuestro interés por las tendencias. Ese climax se relaciona con la transición histórica de una época a otra y con la que podemos llamar estructura de una época.

Los investigadores sociales desean comprender el carácter de la época presente, esbozar su estructura y discernir las fuerzas principales que operan dentro de ella. Cada época, cuando se la define adecuadamente, es "un campo inteligible de estudio" que revela la mecánica del modo de "hacer historia" que le es peculiar. El papel de las minorías del poder, por ejemplo, en ese "hacer historia" varía de acuerdo con la medida en que están centralizados los medios institucionales que pueden adoptar decisiones.

La noción de la estructura y de la dinámica del "período moderno", y de los rasgos esenciales y únicos que pueda tener, es fundamental, aunque desconocida con frecuencia, para las ciencias sociales. Los cultivadores de la ciencia política estudian el Estado moderno; los economistas, el capitalismo moderno. Los sociólogos —especialmente en su controversia con el marxismo— plantean muchos de sus problemas en relación con "las características de los tiempos modernos", y los antropólogos usan sus talentos para estudiar el mundo moderno en el examen de sociedades pre-literarias.

Quizás la mayor parte de los problemas clásicos de la ciencia social moderna—de la ciencia política y de la economía no menos que de la sociología—se relacionan, en realidad, con una interpretación histórica específica: la interpretación del nacimiento, los componentes, la forma de las sociedades industriales urbanas del Occidente moderno, por lo general en contraste con la época feudal.

Muchas de las concepciones más comúnmente usadas en ciencia social se relacionan con la transición histórica de la comunidad rural de los tiempos feudales a la sociedad urbana de la época moderna. La "posición" y el "pacto" de Maine; la "comunidad" y la "sociedad" de Tönnies; la "situación" y la "clase" de Weber; las "tres etapas" de St-Simon; lo "militar" y lo "industrial" de Spencer; la "circulación de minorías" de Pareto; los "grupos primario y secundario" de Cooley; lo "mecánico" y lo "orgánico" de Durkheim; el "pueblo" y lo "urbano" de Redfield; lo "sagrado" y lo "profano" de Becker; la "sociedad contratante" y el "Estado de guarnición" de Lasswell: todas éstas son concepciones históricamente enraizadas, aunque su uso esté muy generalizado.

Es en relación con la atención prestada a la forma y la dinámica del "periodo moderno", y a la naturaleza de sus crisis, como la norma del investigador social atañe a "tendencias" que deben ser comprendidas. Estudiamos tendencias con el intento de ir detrás de los hechos y de entenderlos ordenadamente. En esos estudios tratamos con frecuencia de entocar cada tendencia un poco por delante de donde ella está ahora y, lo que es más importante, de ver todas las tendencias a la vez, como partes motrices de la estructura total del periodo. Es, desde luego, intelectualmente más fácil (y políticamente más aconsejable) conocer una tendencia por vez, manteniéndolas separadas, por decirlo así, que hacer el esfuerzo de verlas todas juntas. Al empírico literario, que escribe unos ensayos sobre esto y sobre aquello, toda tendencia a "ver el conjunto" le parece con frecuencia una "exageración extremista".

Hay, desde luego, muchos peligros intelectuales en el intento de "ver el conjunto". Entre otras cosas, lo que uno ve como un todo otro lo ve sólo como una parte, y en ocasiones, por falta de visión sinóptica, el intento es anulado por la necesidad de la descripción. El intento puede, naturalmente, ser influido por prejuicios, pero no creo que lo sea más que la selección de detalles precisamente examinables pero sin referencia a idea de conjunto, porque tal selección tiene que ser arbitraria. En el trabajo históricamente orientado, también estamos expuestos a confundir "predicción"

con "descripción". Pero estas dos cosas no deben ser radicalmente separadas, y no son las únicas maneras de ver las tendencias. Podemos examinar las tendencias en un esfuerzo para contestar a la pregunta: "¿A dónde vamos?", y esto es lo que los investigadores sociales tratan de hacer con frecuencia. Al hacerlo así, tratamos de estudiar historia más bien que de meternos en ella, de prestar atención a las tendencias contemporáneas sin ser "menalmente penodísticos", de calcular el futuro de esas tendencias sin ser meramente proféticos. Todo eso es difícil de hacer. Debemos recordar que *estamos* tratando con materiales históricos, que esos materiales cambian muy rápidamente y que existen contratendencias. Y tenemos siempre que equilibrar la inmediatez del presente angosto como el filo de un cuchillo con la generalidad necesaria para descubrir el sentido de tendencias específicas para el periodo en su conjunto. Pero sobre todo, el investigador social procura ver juntas las varias tendencias principales, estructuralmente, más bien que como acontecimientos en una dispersión de ambientes, que no añaden nada nuevo, en realidad que no añaden nada en absoluto. Esa es la finalidad que presta al estudio de las tendencias su importancia para la comprensión de una época y que exige pleno y hábil uso de los materiales de la historia.

## 3

Hay un "uso de la historia", común hoy en la ciencia social, que en realidad es más un rito que un verdadero uso. Me refiero a los rellenos llamados "esbozos del ambiente histórico" con que suelen empezar los estudios de la sociedad contemporánea, y al procedimiento *ad hoc* denominado "explicación histórica". Tales explicaciones, que versan sobre el pasado de una sola sociedad, rara vez son suficientes, y acerca de ellas hay que decir tres cosas:

En primer lugar, creo que debemos admitir que muchas veces tenemos que estudiar historia para librarnos de ella. Quiero decir con esto que las que suelen tomarse como explicaciones históricas más bien debieran considerarse como partes del enunciado de lo que hay que explicar. Antes que "explicar" algo como "una persistencia del pasado", debemos preguntarnos: "¿Por qué ha persistido?" Generalmente encontramos que la respuesta varía según las fases por que haya pasado lo que estamos estudiando, para cada una de esas fases podemos, entonces, intentar descubrir qué papel ha representado y cómo y por qué pasó a la fase siguiente.

En segundo lugar, creo que con frecuencia es una buena regla, al trabajar sobre una sociedad contemporánea, intentar explicar

sus rasgos contemporáneos en relación con su función contemporánea. Esto quiere decir localizarlos, verlos como partes de otros rasgos de su ambiente contemporáneo y aun como debidos a ellos. Aunque sólo sea para definirlos, para delimitarlos claramente, para hacer más específicos sus componentes, lo mejor es empezar con un periodo más o menos reducido, pero histórico aún, naturalmente.

En sus trabajos sobre los problemas de los individuos adultos, algunos neo-freudianos —y quizá más claramente que ninguno Karen Horney— parecen haber llegado a usar procedimientos de un orden similar. Se estudian las causas genéticas, biográficas, sólo después de haber agotado los rasgos y el ambiente contemporáneos del carácter. Y, naturalmente, ha tenido lugar un debate clásico sobre la materia en su conjunto entre la escuela funcional y la escuela histórica de antropología. Supongo que una razón de esto es que las "explicaciones históricas" muchas veces se convierten en ideologías conservadoras: las instituciones son, después de todo, transitorias; por lo tanto, esas instituciones particulares no son eternas ni "naturales" al hombre, sino que también cambiarán. Ambas opiniones suelen descansar sobre una especie de determinismo histórico o sobre una inevitabilidad que fácilmente puede llevar a una actitud pasiva y a una concepción errónea acerca de cómo se ha hecho y cómo puede hacerse la historia. No quiero poner sordina al sentido histórico que tanto trabajo me ha costado adquirir, pero tampoco quiero reforzar mis modos de explicación con ejemplos conservadores ni radicales de la noción de destino histórico. No acepto el "destino" como categoría histórica universal, según explicaré más adelante.

Mi último punto es más discutible aún, pero si es cierto, es de importancia considerable: Creo que épocas y sociedades difieren en cuanto a que su comprensión requiera o no requiera referencias directas a factores históricos. El carácter histórico de una sociedad dada en una época dada puede ser tal, que el "pasado histórico" tenga sólo una importancia indirecta para comprenderlo.

Es manifiesto, desde luego, que comprender una sociedad que se mueve lentamente, aprisionada durante siglos en un ciclo de pobreza, tradición, enfermedad e ignorancia, requiere que estudie-mos la base histórica y los persistentes mecanismos históricos de ese terrible aprisionamiento en su propia historia. La explicación de ese ciclo y de la mecánica de cada una de sus fases requiere un análisis histórico muy profundo. Lo que ante todo hay que explicar es el mecanismo de todo el ciclo.

Pero los Estados Unidos, por ejemplo, o las naciones del

noroeste de Europa, o Australia en su situación presente, no están atrapadas en ningún ciclo histórico de hierro. Ese tipo de ciclo no los tiene en sus garras, como en el mundo desierto de Aben-jaldún.<sup>1</sup> Todos los intentos para comprenderlos en esos términos me parece que han fracasado y tienden en realidad a convertirse en un desatino transhistórico.

En resumen, la importancia de la historia está ella misma sometida al principio de la especificidad histórica. Con seguridad puede decirse que "todo viene del pasado"; pero el sentido de esa frase —"venir del pasado" — es lo que está en discusión. En ocasiones hay en el mundo cosas completamente nuevas, lo cual quiere decir que la "historia" se repite o no se repite; depende de la estructura social y de la época en cuya historia estamos interesados.<sup>2</sup>

Que ese principio sociológico pueda ser ahora aplicable a los Estados Unidos, que la nuestra quizá sea una sociedad para la cual son menos pertinentes las explicaciones históricas que para muchas otras sociedades y épocas, me parece que puede ayudarnos mucho a comprender varios rasgos importantes de la ciencia norteamericana: 1) por qué muchos investigadores sociales, interesados únicamente en las sociedades occidentales contemporáneas, o más limitadamente aún en los Estados Unidos, consideran el estudio histórico sin importancia para su trabajo; 2) por qué algunos historiadores hablan ahora, desatinadamente a lo que me parece, de

<sup>1</sup> Véase Ibn Khaldun's *Philosophy of History*, por Muhsin Mahdi, George Allen and Unwin, Londres, 1957; e *Historical Essays*, Macmillan, Londres, 1957, que contiene un revelador comentario acerca de él de H. R. Trevor-Koper.

<sup>2</sup> Señalo un razonamiento en mi apoyo en una excelente reseña de tipos de historia del trabajo, por ejemplo, de Walter Calenson: "... la renta marginal de cultivar tierra vieja puede ser menor... a falta de... material nuevo importante... Pero no es ésta la única justificación para concentrarse en sucesos más recientes. El movimiento obrero contemporáneo difiere del de hace treinta años no sólo cuantitativamente, sino cualitativamente. Antes de 1930 era de carácter sectario; sus decisiones no eran un factor económico importante y se interesaba más en pequeños problemas internos que en la política nacional" (Walter Calenson: "Reflections on the Writing of Labor History", en *Industrial and Labor Relations Review*, octubre de 1957). En lo que respecta a la antropología, el debate entre las explicaciones "funcionales" e "históricas" ha durado mucho tiempo, naturalmente. Los antropólogos tienen que ser más veces funcionales que lo contrario, porque no pueden desentender nada acerca de la historia de las "culturas" que examinan. Realmente, tienen que intentar explicar el presente por el presente, buscando explicaciones en las mutuas relaciones significativas de diversos rasgos contemporáneos de una sociedad. Para un penetrante estudio reciente, véase "Time and Theory in Social Anthropology", de Ernest Cellmer, en *Mind*, abril de 1958.

Historia Científica e intentan en su trabajo técnicas tan pronomiadamente formalistas y hasta explícitamente a-históricas; 3) por qué otros historiadores nos dan con tanta frecuencia la impresión, sobre todo en los suplementos dominicales, de que la historia en realidad es palabrería, que forja mitos acerca del pasado para usos ideológicos actuales tanto liberales como conservadores. Realmente, el pasado de los Estados Unidos es una fuente maravillosa de imágenes felices; y, si estoy en lo cierto acerca de la poca importancia de gran parte de la historia para la época contemporánea, ese mismo hecho hace muy fácil el uso ideológico de la historia.

La importancia del trabajo histórico para las tareas y la promesa de la ciencia social no se limita, naturalmente, a las "explicaciones históricas" de este "tipo norteamericano" único de estructura social. Por otra parte, esta noción de la importancia variable de la explicación histórica es en sí misma una idea histórica, que debe ser discutida y sometida a prueba sobre bases históricas. Aun para este tipo único de sociedad contemporánea, fácilmente puede llevarse demasiado lejos la falta de importancia de la historia. Sólo mediante estudios comparativos podemos llegar a conocer la *ausencia* de ciertas fases históricas en una sociedad, lo cual es muchas veces absolutamente esencial para comprender su forma contemporánea. La ausencia de una época feudal es condición esencial de muchos rasgos de la sociedad norteamericana, entre ellos el carácter de su *élite* y su extremada fluidez en lo que respecta a situaciones sociales, lo cual se ha confundido muchas veces con la falta de una estructura de clases y de una "conciencia de clase". Los investigadores sociales pueden —y en realidad lo hacen muchos— intentar alejarse de la historia mediante un carácter indebidamente formal de concepto y de técnica. Pero esos intentos los obligan a hacer supuestos sobre la naturaleza de la historia y de la sociedad que no son ni fructíferos ni ciertos. Ese alejamiento de la historia hace imposible —y cifo la palabra con cuidado— comprender con precisión la mayor parte de los rasgos contemporáneos de esta sociedad única, que es una estructura histórica que no podemos esperar entender a menos que nos guíemos por el principio sociológico de la especificidad histórica.

4

Los problemas de la psicología social e histórica son en muchos respectos los más intrigantes que podemos estudiar hoy. Es en ese

terreno donde ahora llegan a una inquietante confluencia las principales tradiciones intelectuales de nuestros tiempos, y en realidad de la civilización occidental. En ese terreno es donde "la naturaleza de la naturaleza humana" —la imagen genérica del hombre heredada de la Ilustración— ha sido puesta a discusión en nuestros días por el advenimiento de los gobiernos totalitarios, por el relativismo etnográfico, por el descubrimiento del gran potencial de irracionalidad que existe en el hombre, y por la rapidez misma con que hombres y mujeres pueden ser transformados históricamente.

Hemos llegado a ver que las biografías de hombres y de mujeres, los tipos de individuos en que se convierten diversamente, no pueden entenderse sin referencia a las estructuras históricas en que están organizados los ambientes de su vida diaria. Las transformaciones históricas implican significaciones no sólo para los modos individuales de vida, sino para el carácter mismo, para los límites y las posibilidades del ser humano. Como unidad forjadora de historia, el Estado-nación dinámico es también la unidad dentro de la cual se seleccionan y se forman la diversidad de hombres y mujeres, y donde se liberan y se reprimen; es la unidad en que se hace el hombre. Esta es una razón por la cual las luchas entre naciones y entre bloques de naciones son también luchas sobre los tipos de seres humanos que finalmente prevalecerán en el Medio Oriente, en la India, en China y en los Estados Unidos; es por eso por lo que ahora están tan íntimamente relacionadas cultura y política, y por lo que es ahora tan necesaria la imaginación sociológica y por lo que se la pide tanto. Porque no podemos entender adecuadamente al "hombre" como una criatura biológica aislada, como un haz de reflejos o un conjunto de instintos, como un "campo inteligible" o como un sistema en y por sí mismo. Además de cualquiera otra cosa que pueda ser, el hombre es desde luego un actor social e histórico que debe ser entendido, si es que ha de entendersele, en estrecha e intrínseca interrelación con estructuras sociales e históricas.

Las controversias sobre las relaciones entre la "psicología" y "las ciencias sociales" no tienen fin, naturalmente. La mayor parte de ellas han sido intentos formales para integrar una diversidad de ideas sobre el "individuo" y el "grupo". Es indudable que todas son útiles en cierto modo a alguien; afortunadamente, en nuestro esfuerzo por formular aquí el alcance de la ciencia social, no tienen por qué interesarnos. Aunque los psicólogos pueden definir su campo de trabajo, el economista, el sociólogo, el cultivador de la ciencia política, el antropólogo y el historiador, en sus estu-

dios de la sociedad humana tienen que atenerse a suposiciones sobre la "naturaleza humana". Esas suposiciones suelen caer ahora en la disciplina frontera de la "psicología social".

El interés por este campo de estudios ha aumentado a causa de que la psicología, como la historia, es tan fundamental para trabajar en ciencias sociales, que hasta que los psicólogos no se dedicaron a los problemas implicados en él, los investigadores sociales tuvieron que ser sus propios psicólogos. Los economistas, los más "formalizados" con mucho de los investigadores sociales, han llegado a saber que el antiguo "hombre económico", hedonista y calculador, ya no puede ser considerado como fundamento psicológico de un estudio adecuado de las instituciones económicas. Dentro de la antropología ha surgido un fuerte interés por la "personalidad y la cultura"; dentro de la sociología, como de la psicología, la "psicología social" es ahora un campo de estudio muy trabajado.

En reacción contra estos acontecimientos intelectuales, algunos psicólogos han emprendido diversidad de trabajos sobre "psicología social", otros han intentado, en variedad de modos, redefinir la psicología para retener un campo de estudio independiente de factores manifestamente sociales, y otros han limitado sus actividades a trabajar sobre psicología humana. No deseo examinar aquí las especialidades académicas que han surgido dentro de la psicología—campo actualmente muy roto y escindido—y mucho menos juzgarlas.

Hay un estilo de reflexión psicológica que no ha sido administrado explícitamente por psicólogos académicos, pero que no por eso ha dejado de ejercer influencia sobre ellos, lo mismo que sobre toda nuestra vida intelectual. En psicoanálisis, y especialmente en la obra misma de Freud, el problema de la naturaleza de la naturaleza humana es enunciado en su sentido más amplio. En suma, durante la última generación los psicoanalistas menos rígidos y los influidos por ellos han dado dos pasos adelante:

Primero, la fisiología del organismo individual ha sido trascendida y empezaron a estudiarse los pequeños circuitos familiares en que ocurren tan espantosos melodramas. Puede decirse que Freud descubrió desde un punto de vista inesperado—el médico—el análisis del individuo y de su familia parental. La "influencia" de la familia sobre el individuo ya había sido advertida, naturalmente; lo nuevo fue que, como institución social, se convirtió, según la opinión de Freud, en factor intrínseco del carácter y del destino interiores del individuo.

Segundo, el elemento social se amplió grandemente bajo las lupas del psicoanálisis, en especial por lo que puede llamarse trabajo sociológico sobre el super-ego. En los Estados Unidos, a la tradición psicoanalítica se unió otra que procede de fuentes totalmente diferentes y que tuvo su primer florecimiento en el behaviorismo o conductismo social de George H. Mead. Pero después se produjo en ella una limitación o una vacilación. El ambiente en pequeña escala de las "relaciones interpersonales" se ve ahora claramente; pero no se ve el amplio contexto en que esas relaciones mismas, y en consecuencia el individuo mismo, están situados. Hay, desde luego, excepciones, particularmente Erich Fromm, que ha relacionado las instituciones económicas y religiosas e investigado sus significados para diferentes tipos de individuos. Una razón del titubeo general es el limitado papel social del analista: su trabajo y sus perspectivas están profesionalmente vinculados al paciente individual; son limitados los problemas de que puede fácilmente tener conocimiento, dadas las especiales condiciones de su trabajo. Infortunadamente, el psicoanálisis no se ha convertido en una parte firme e integrante de la investigación académica.<sup>1</sup>

El siguiente paso adelante en psicoanálisis es hacer plenamente para otros sectores institucionales lo que Freud empezó a hacer tan magníficamente para las instituciones parentales de un tipo seleccionado. Lo que es necesario es la idea de estructura social en cuanto compuesta de órdenes institucionales, cada uno de los cuales debemos estudiar psicológicamente como Freud estudió ciertas instituciones parentales. En psiquiatría—la verdadera terapia de las relaciones "interpersonales"—ya hemos empezado a plantear cuestiones acerca de un punto fundamental inquietante: la tendencia a enraizar valores y normas en las supuestas necesidades del individuo *per se*. Pero si la misma naturaleza del individuo no puede ser comprendida sin una estrecha referencia a la realidad social, tenemos que analizarlo en esa referencia. Tal análisis comprende no sólo la localización del individuo, como entidad biográfica, dentro de diversos medios interpersonales, sino la locali-

<sup>1</sup> Otra razón importante de la tendencia a "apoteosizar" las "relaciones interpersonales" son la calidad esponjosa y las limitaciones de la palabra "cultura", en relación con la cual se han reconocido y enunciado muchos de los elementos sociales de las zonas profundas del hombre. En contraste con el de estructura social, el concepto "cultura" es una de las palabras más esponjosas en la ciencia social, aunque, quizás por esa razón, enormemente útil en manos de un experto. En la práctica, el concepto "cultura" es con la mayor frecuencia una débil referencia al ambiente social más "tradicional" más que una idea adecuada de estructura social.

zación de esos medios dentro de las estructuras sociales de que forman parte.

## 5

Sobre la base de los progresos del psicoanálisis, así como del conjunto de la psicología social, es posible ahora exponer brevemente los intereses psicológicos de las ciencias sociales. Enumero aquí del modo más escueto sólo aquellas proposiciones que considero como los atisbos más fértiles o, por lo menos, como supuestos legítimos por parte del investigador social al trabajo.<sup>1</sup>

No puede entenderse adecuadamente la vida de un individuo sin referencias a las instituciones dentro de las cuales se desarrolla su biografía. Porque esa biografía registra la adquisición, el abandono, la modificación, y de un modo muy íntimo, el paso de un papel a otro. El individuo es un niño de cierto tipo de familia, un compañero en cierto tipo de grupo de muchachos, estudiante, obrero, presidente de un jurado, general, madre. Gran parte de la vida humana consiste en la representación de esos papeles dentro de instituciones específicas. Para comprender la biografía de un individuo, tenemos que comprender la significación y el sentido de los papeles que representó y que representa; para comprender esos papeles, tenemos que comprender las instituciones de que forma parte.

Pero el concepto del hombre como criatura social nos permite ahondar mucho más que en la mera biografía externa como serie de papeles sociales. Ese concepto nos obliga a comprender los rasgos más internos y "psicológicos" del hombre, en particular la imagen que tiene de sí mismo y su conciencia y, ciertamente, el desarrollo mismo de su mente. Muy bien puede ser que el descubrimiento más radical en la psicología y la ciencia social recientes sea el de cómo tantos de los rasgos más íntimos de la persona son socialmente compartidos y hasta inculcados. Dentro de los amplios límites del aparato glandular y nervioso, las emociones de miedo y odio, amor y cólera, en todas sus variedades, deben ser interpretadas en estrecha y constante referencia a la biografía y al contexto sociales en que son experimentadas y expresadas. Dentro de los amplios límites de la fisiología de los órganos de los sentidos, nuestra misma percepción del mundo físico, los colores que distinguimos, los olores que percibimos, los ruidos que oímos, están socialmente tipificados y circunscritos. Las motiva-

<sup>1</sup> Para un estudio detallado del punto de vista expresado aquí, véase Coeth y Mills, *Character and Social Structure*, Harcourt & Brace, Nueva York, 1953.

ciones de los hombres, y aun el grado variable en que los diferentes tipos de hombres tienen un conocimiento típico de ellas, deben interpretarse en relación con los vocabularios de motivación que prevalecen en una sociedad y con los cambios y confusiones sociales que tienen lugar entre esos vocabularios.

La biografía y el carácter del individuo no pueden ser entendidos meramente en relación con los ambientes, y seguramente no del todo en relación con los primeros ambientes, es decir, los del niño y del muchacho. La comprensión adecuada exige que captemos el juego recíproco entre esos ambientes íntimos y su amazon estructural más amplio, y que tengamos en cuenta las transformaciones de ese amazon y los consiguientes efectos sobre los ambientes. Cuando comprendemos las estructuras sociales y los cambios estructurales tal como actúan sobre escenarios y experiencias más íntimos, podemos comprender las causas de la conducta y de los sentimientos individuales de que los hombres situados en medios específicos no tienen conocimiento. La prueba de que es adecuada una concepción de cualquier tipo de hombre no puede estribar en que los individuos de ese tipo la encuentren gratuitamente conforme con la imagen que tienen de sí mismos. Puesto que viven en medios restringidos, no puede ni debe esperarse que los hombres conozcan todas las causas de su situación y los límites de su personalidad. Son verdaderamente raros los grupos de hombres que tienen opiniones adecuadas de sí mismos y de sus propias situaciones sociales. Suponer lo contrario, como se hace con frecuencia, por virtud de los métodos de algunos investigadores sociales, es suponer un grado de autoconciencia y autoconocimiento racionales que no admitirían ni aun los psicólogos del siglo XVIII. La idea de Max Weber del "hombre puritano", de sus móviles y de su función dentro de las instituciones religiosas y económicas, nos permite comprenderlo mejor que se comprende él mismo: el uso que hace Weber de la noción de estructura le permitió trascender el conocimiento que de sí mismo y de su ambiente tiene el "individuo".

La importancia de la primera experiencia, el "peso" de la infancia en la psicología del carácter adulto, es relativo al tipo de infancia y al tipo de biografía social que prevalece en diferentes sociedades. Es manifiesto ahora, por ejemplo, que el papel del "padre" en la formación de la personalidad debe formularse dentro de los límites de tipos específicos de familias y en relación con el lugar que dichas familias ocupan en la estructura social de que forman parte.

La idea de estructura social no puede formarse sólo con ideas

o hechos relativos a una serie específica de individuos y al modo como reaccionan ante sus ambientes. Los intentos de explicar los acontecimientos sociales e históricos a base de teorías psicológicas sobre "el individuo", se apoyan a menudo en el supuesto de que la sociedad no es otra cosa que una gran dispersión de individuos y que, en consecuencia, si lo sabemos todo acerca de esos "átomos" podremos reunir de algún modo nuestras informaciones y conocer así la sociedad. No es un supuesto provechoso. En realidad, no podemos conocer ni lo más elemental acerca del "individuo" por ningún estudio psicológico suyo que lo considere como una criatura socialmente incommunicada. Salvo en la construcción abstracta de modelos, que puede ser útil, desde luego, los economistas no pueden dar por supuesto el "hombre económico"; ni pueden los psiquiatras de la vida de familia (y prácticamente todos los psiquiatras son, de hecho, especialistas de ese solo sector social) dar por supuesto el clásico hombre edipiano. Porque así como las relaciones estructurales de los papeles económico y político son ahora decisivas para comprender la conducta económica de los individuos, así lo son también los grandes cambios sobrevenidos, a partir de la paternidad victoriana, en los papeles dentro de la familia y en la localización de la familia como institución dentro de las sociedades modernas.

El principio de la especificidad histórica es tan válido en psicología como en ciencias sociales. Aun rasgos absolutamente ínfimos de la vida interior del hombre se formulan mejor como problemas dentro de contextos históricos específicos. Para darse cuenta de que ésta es una suposición enteramente razonable, no hay más que pensar por un momento en la enorme variedad de hombres y mujeres que se despliega en el curso de la historia humana. Los psicólogos, lo mismo que los investigadores sociales, debieran pensar bien lo que es el "hombre" antes de decir nada acerca de él.

La diversidad humana es tal, que ninguna psicología "elemental", ninguna teoría de los "instintos", ningún principio de "naturalidad humana fundamental", entre los que conocemos, nos permite explicar la enorme variedad de tipos y de individuos humanos. Nada que pueda decirse del hombre, aparte de lo que es inherente a las realidades histórico-sociales de la vida humana, se referirá meramente a los amplios límites biológicos de la especie humana y a sus potencialidades. Pero dentro de esos límites y originado en esas potencialidades, se nos ofrece un panorama de tipos humanos. Tratar de explicarlo de acuerdo con una teoría de la "naturalidad fundamental del hombre" es confinar la historia

humana misma en una pequeña y árida jaula de conceptos sobre la "naturalidad humana"; con la misma frecuencia con que se la construye sobre algunas trivialidades precisas e insignificantes relativas al ratón metido en un laberinto.

Barzun y Graff observan que "el título de *Sexual Behavior in the Human Male*, del famoso libro del Dr. Kinsey, es ejemplo notable de un supuesto oculto —y en este caso falso—: el libro no trata de machos humanos, sino de hombres de los Estados Unidos a mediados del siglo xx... La idea misma de naturalidad humana es un supuesto de la ciencia social, y decir que forma el asunto de sus informaciones es incurrir en petición del principio fundamental. No puede haber más que 'cultura humana', cosa sumamente inmutable".<sup>1</sup>

La idea de una "naturalidad humana" común al hombre como hombre es una violación de la especificidad social e histórica que exige el cuidadoso trabajo en los estudios humanos; por lo menos es una abstracción que los investigadores sociales no tienen derecho a hacer. Indudablemente, debemos recordar de vez en cuando que en realidad no sabemos mucho acerca del hombre, y que todo el conocimiento que tenemos no elimina por completo el misterio que rodea a su diversidad tal como ésta se revela en la historia y en la biografía. Algunas veces queremos sumergirnos en ese misterio, saber que somos, en definitiva, una parte de él, y quizá debiéramos hacerlo; pero como somos hombres de Occidente, inevitablemente estudiaremos también la diversidad humana, lo cual significa para nosotros eliminar el misterio de nuestra opinión acerca de ella. No olvidemos, al hacerlo, que es la diversidad humana lo que estamos estudiando y cuán poco sabemos del hombre, de la historia, de la biografía y de las sociedades de las cuales somos al mismo tiempo creaturas y creadores.

<sup>1</sup> Barzun y Graff: *The Modern Researcher*, Harcourt & Brace, Nueva York, 1957, pp. 222-3.